

HACE CUARENTA AÑOS. HISTORIA CONTEMPORÁNEA DEL TRABAJO MODERNISTA EN ESPAÑA

Ángel Rodríguez Sánchez
Universidad de Salamanca

«Hacia 1950, todo o casi todo estaba pensado, pero casi todo estaba por hacer»¹. Un año antes salía a la luz el nítido testamento de M. Bloch² y cuatro años más tarde un enérgico llamamiento de L. Febvre³; la Historia occidental europea comenzaba a renovarse y cuestionaba principios hasta entonces admitidos sin vacilación. En España, J. Vicens Vives publicaba un nuevo «credo» historiográfico y conceptualizaba una nueva Historia en 1951⁴; su programa, hecho público en 1952, significaba una apertura importante que se organizaba sobre cinco pilares, *el trabajo exhaustivo sobre todas las fuentes, la presentación vertebrada del discurso histórico, seriedad en la atención de los problemas históricos, autenticidad en el quehacer reconstructivo del pasado, y una necesaria imparcialidad*⁵.

Hacia 1950, el cambio era ya una evidencia que G. Barraclough⁶ se ha atrevido a fechar en 1954, año de la muerte de F. Meinecke y, aunque este proceso se gesta y anuncia muchos años antes, es la terminación de la Segunda Guerra Mundial la que señala el comienzo decidido de una nueva visión de la Historia y de un nuevo trabajo del historiador. Este cambio, visible también en España, es ante todo un hecho universitario pese a que, en 1954, Vicens Vives afirmase con amargura la debilidad estructural de la Universidad española en compara-

¹ A. Eiras: «La enseñanza de la Historia en la Universidad». *Once ensayos sobre la Historia*. Madrid, Rioduero, 1976, p. 189.

² *Apologie pour l'Histoire ou métier d'historien*. Paris, A. Colin, 1949.

³ *Combats pour l'Histoire*. Paris, A. Colin, 1953.

⁴ «Puntos esenciales del pensamiento historiográfico catalán (1951)», recogidos en «Hacia una nueva Historia de la Humanidad», vol. I de la *Historia General de las Civilizaciones*, de M. Crouzet. Barcelona, Destino, 1969, pp. 15 a 17.

⁵ «Progresos en el empeño». *Estudios de Historia Moderna, II*, 1952, p. V.

⁶ «Historia». *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales, II*, Madrid, Tecnos, 1981, p. 314.

ción con el dirigismo y monopolio ejercidos por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas⁷. La expresividad y cronología del cambio pueden anotarse en un conjunto de caracteres de signo cualitativo que conviene reseñar.

I

En el último trimestre de 1940, el Instituto Jerónimo Zurita del CSIC comenzaba la publicación de *Hispania, Revista Española de Historia*. En su primer número, su Director Pío Zabala Lera anunciaba ya una preocupación totalizadora de la investigación histórica y, junto a él, en la cabecera de la Revista figuraban ya Antonio de la Torre y Cayetano Alcázar⁸. En 1941, *Hispania* informaba de la estructura del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de los Institutos que conformaban el Patronato Marcelino Menéndez Pelayo: en la mayor parte de los Institutos se aprecia una presencia universitaria cuya nómina será, en el futuro, responsable del viraje en los estudios históricos españoles. En 1950, la cabecera de *Hispania* se modifica significativamente: por primera vez, a los responsables habituales de la publicación de la Revista se añaden los nombres de Justo Pérez de Urbel, Antonio Rumeu de Armas y, también por primera vez, la cabecera anuncia el Consejo de la Revista⁹. Ese año, el CSIC se mostraba más decidido a la regionalización de la investigación histórica y ayudaba al nacimiento de *Simancas, Estudios de Historia Moderna* que agrupa fundamentalmente a universitarios.

Aunque esta Revista «trata de contribuir, con limpieza de propósitos, al desarrollo de la Historia, a su estructuración científica, al progreso de sus investigaciones»¹⁰, su verdadero nacimiento hay que justificarlo en el trabajo universitario. A los nombres de Joaquín Pérez Villanueva, Director de la Revista, Vicente Palacio Atard, Redactor-Jefe, Alfonso Corral Castaneda, Secretario, que componen la cabecera de *Simancas*, han de añadirse y valorarse cualitativamente los nombres de unos colaboradores muy significativos: Luis Suárez, Vicente Rodríguez Casado, Federico Suárez, Vicente Beltrán de Heredia, Manuel Fernández

⁷ «El fenómeno, al parecer paradójico, de ser el profesorado universitario el impulsor de los estudios históricos y de recaer su misión vivificante fuera de los muros donde se cultiva habitualmente su ciencia, se explica por la acción absorbente que ejerce el Consejo Superior de Investigaciones Científicas». En «Los estudios históricos españoles en 1952-1954». *Índice Histórico Español (IHE)*, I, 1953-54 (reprint 1973), pp. V y VI.

⁸ «Ni una sola actividad erudita, ni un solo factor aprovechable en el empeño de la ilustración, crítica y complemento de nuestra Historia nacional, ha de quedar fuera del Instituto, tan íntima y fervorosamente deseoso de que del leal y entusiasta concierto de cuantos con eficacia pueden servirla se haga depender exclusivamente el alto menester que tiene a su cargo». P. Zabala: «Palabras preliminares». *Hispania*, I, 1940, p. 4.

⁹ Cf. *Hispania*, XXXVIII, 1950.

¹⁰ Palabras previas. *Simancas*, I, 1950, p. X.

Álvarez, Valentín Vázquez de Prada, Narciso Alonso Cortés y Juan Sánchez Montes, entre otros¹¹.

Antes de que termine la década de los años cincuenta ese primer motor que fue *Hispania* incorpora al Consejo de Redacción más universitarios: se incorporan así Luis Vázquez de Parga, Vicente Palacio Atard y Eloy Benito Ruano. Y un poco más tarde, la Revista vincula a su Consejo a María Dolores Gómez Molleda y a Manuel Fernández Álvarez.

Algo semejante podría señalarse de la trayectoria que, en torno a 1950, experimentan publicaciones periódicas españolas como la *Revista de Indias*, el *Anuario de Historia del Derecho Español*, o la Revista General del CSIC *Arbor*, aparecida en 1944.

La protesta de Vicens Vives era un aviso contra la burocratización y, al tiempo, una manifestación del temor a que el profesorado universitario se centralizase en una estructura que amenazaba con estrangular lo que él consideraba «grupos efectivos de investigación»¹². Quizás por todo ello, el nacimiento de *Estudios de Historia Moderna*, anuario que dirigió Vicens y cuyo Consejo lo formaron Mercader Riba, Reglá Campistol, Voltes Bou, Giralt Raventós, Gubern y Nadal, fuese traumático¹³. El «grupo efectivo» encabezado por Vicens salía auspiciado también por el CSIC y sólo los condicionamientos de la realidad española de 1950, la pesada agudización de la tensión centro-periferia (en el caso catalán bien evidente y en el caso general universitario también, porque la Universidad siempre ha sido colocada por el Poder en una posición periférica respecto de un centro superior instalado en Madrid), y la influencia extranjera, pueden ayudar a comprender mejor la queja amarga de Vicens y su actividad posterior. El histo-

¹¹ Constituyen «un grupo de trabajos de la Historia Moderna española, integrados en escuela, con espíritu y cuerpo escolar, con afán de cooperación y solidaridad científica». Es sin duda un programa que sintetiza el ideal de Departamento Universitario que, inexistente administrativamente en 1950, ya se anunciaba para «rendir servicio a la verdad» con la sencillez y con el trabajo. *Ibid.*, p. IX.

¹² «Considerado por el Estado como centro motor general de la alta actividad científica, el Consejo ha ido monopolizando los trabajos de investigación y se ha convertido en editor casi exclusivo de sus resultados. Ello ha llevado a la mayoría de los profesores de Universidad a los puestos de gobierno y colaboración del Consejo, provocando en su seno una patente hipertrofia de actividades, que no ha redundado ni en beneficio del organismo ni de sus más entusiastas miembros. Para ordenar y a la vez fiscalizar tan vasto cuerpo de personas e intereses, se ha ido creando una pirámide administrativa. Contemplado este proceso desde la perspectiva que dan cerca de tres lustros, quizás habría sido mejor camino el de aprovechar decididamente los valores universitarios y extrauniversitarios mediante el contacto directo con las cátedras, los seminarios y los grupos efectivos de investigación». La posición de Vicens es muy radical en 1954: su visión del Consejo y de su funcionamiento le llevan a sublimar al investigador universitario. Por ello, señala que el Consejo «cumpliría sin duda mejor sus altos fines aplicando un sistema de contacto directo con el profesorado universitario». *IHE*, I, 1953-1954, p. VI.

¹³ «No es cómodo, desde luego, marchar contra corriente, ni sufrir los helados cierzos del páramo circundante; ni tampoco es agradable para nuestro espíritu acogedor y anchamente abierto a todos los afectos, recibir el dardo de los recelos con que a veces se nos hostiga. Todo ello, cierto es, no nos ha sorprendido lo más mínimo. Era de esperar. Pero nos duele que al cabo de tres años de vida no sea comprendida todavía la ruta de nuestros esfuerzos y que éstos se tergiversen por quienes jamás han intentado penetrar a fondo en su significado metodológico y en su innegable valor para el óptimo desarrollo de la ciencia histórica española». J. Vicens Vives: «Al cabo de tres años». *Estudios de Historia Moderna*, III, 1953, p. VIII.

riador catalán buscaba un camino nuevo, un hueco amplio en la investigación histórica, un trabajo en equipo, y un medio de expresión que perfeccionase la metodología y diese entrada a las corrientes extranjeras. Y, a la par que saludaba con emoción interesada la aparición de la escuela vallisoletana de *Simancas*¹⁴, definía su actividad con toda energía: «no hacemos exclusivamente historia demográfica, económica y social. Escribimos, llanamente, historia, según las normas apuntadas cuando presentamos esta Revista en 1951».

Esta actividad sobrepasaba el marco docente tradicional y se realizó fundamentalmente como tarea de seminario. En octubre de 1952, Vicens anunciaba los frutos que producían sus reuniones de los lunes en el Seminario de Historia de la Universidad de Barcelona y a las que asistían «una docena de amigos, colaboradores en las tareas universitarias y licenciados de nuevo cuño que no habían perdido ni vocación ni entusiasmo a lo largo de la árida cuesta de los programas en vigor»¹⁵. El cambio era ya constatable y el mismo Vicens, antes de que finalizase la década de los cincuenta, hacía un significativo balance que, en síntesis, puede resumirse así:

a) En los años cincuenta la historia catalana aparece como una historia vanguardista que amenaza liquidar posiciones anacrónicas, concretamente «las de la escuela erudita y filológica nacionalista castellana». Este vanguardismo es evidente en publicaciones que alcanzaron una rápida difusión y que señalaron líneas nuevas de investigación en el panorama historiográfico general del momento¹⁶. El «nacimiento de un nuevo concepto de historiar, abierto a la vida real, hecho de sangre humana e incompatible con los grandes temas abstractos y la píldora política e ideológica que envenenó la historiografía hispánica», es una evidencia que acabará por imponerse en lo que Vicens denominó «selva histórica española».

b) La tensión centro-periferia, si bien se mantiene como reconoce Vicens¹⁷, comienza a romperse con la honestidad del trabajo en el Departamento universitario. El peculiar «credo» del grupo catalán y un texto inédito de Vicens publicado en 1960 por J. Rubió Lois, sintetizan el esfuerzo contra la burocratización¹⁸. Esa ruptura con la centralización y con la burocratización típicas de los años cincuenta, no puede considerarse como un proceso brusco que permita señalar y significar una cronología y una geografía concreta. Sería muy largo explicar aquí

¹⁴ En «Al doblar el cabo», Vicens insiste en la necesaria comprensión y en la obligada colaboración, «para invitar de nuevo a colaborar en esta Revista a los historiadores modernistas de las Universidades de Madrid, Santiago, Valencia, Valladolid y Zaragoza. Estas páginas se hallan siempre abiertas a su amistad y a su colaboración». *Estudios de Historia Moderna*, IV, 1954, p. VIII.

¹⁵ «A guisa de prólogo». *Aproximación a la Historia de España (1952)*. Barcelona, V. Vives, 1977, p. 1.

¹⁶ La influencia francesa era ya una evidencia. Cf. *Tratado general de geopolítica. El factor geográfico y el proceso histórico (1950)*. Barcelona, V. Vives, 1972; *Aproximación a la historia de España (1952)*; *Historia social y económica de España y América (1957)*, e *Historia económica de España (1959)*, que fue saludada con una crítica mordaz por C. Viñas Mey.

¹⁷ «Sólo sentimos excluir de este círculo a los que descienden a la palestra con odios políticos y lanzan sus dardos parapetados en cómodos e inmerecidos reductos oficiales». *Aproximación a la Historia...*, p. 4.

¹⁸ J. Rubio Lois: *In memoriam*. *IHE*, 21, 1958, p. X.

cómo en la década de 1950 funciona una bisagra que, sobre el marco rígido tradicional, ausente desde la guerra civil de los organismos internacionales preocupados por la Historia, actúa abriendo el espacio conceptual interior, a la par que permite la penetración de los descubrimientos y problemas metodológicos de la Historia europea de ese tiempo. Bastaría repasar la serie de publicaciones sistematizada en el *Índice Histórico Español* y en la obra de Gómez Molleda¹⁹.

En idéntico tiempo, el mundo universitario castellano produce significados de gran importancia cualitativa, que funcionan como registros indicadores del mismo deseo de apertura del espacio conceptual. La existencia de *Simancas* y de la *Escuela de Historia Moderna* constituyen, junto con la presencia cada vez más mayoritaria de universitarios en *Hispania*, ejemplos básicos que deben desarrollarse.

En 1950, el *X Pleno del Consejo Superior de Investigaciones Científicas* hacía públicos sus premios del año 1949; entre otros, concedía el *Premio Luis Vives* a J. Vicens Vives por su libro *Fernando el Católico, Príncipe de Aragón, Rey de Sicilia*, y el *Premio Menéndez Pelayo* a Manuel Fernández Álvarez por su libro *Tres embajadores de Felipe II en Inglaterra*. En esta última obra, publicada en 1951, Fernández Álvarez señalaba la necesidad de la especialización en el oficio del historiador y hacía votos por lograr urgentemente una interpretación del pasado desde una perspectiva de presente²⁰.

Algo empezaba a cambiar en la Historia de España; y existen significantes muy precisos que no han sido todavía suficientemente valorados. Son los años de la publicación del *Diccionario de Historia de España (1952)*. Los editores, entonces, justificaban su utilidad evidente y «si algo puede sorprender, no es el que se publique ahora, sino que no se haya publicado antes». La Historia española, necesitada de fe en sí misma, construye en 1952 «el primer diccionario especial de la historia de un país que se edita en el mundo»²¹. Aunque un diccionario es habitualmente un trabajo depreciado en nuestro país, y más si se trata de un Diccionario de Historia en el que la capacidad de síntesis y la necesidad de su actualización permanente²², chocan con el espeso y barroco follaje que definía la selva histórica española de la que escribió Vicens, las síntesis históricas españolas comienzan a apuntar hacia la totalidad. También en 1952 sale a la luz la *Historia*

¹⁹ *Bibliografía histórica española, 1950-1954*. Madrid, CSIC, 1955.

²⁰ «Posiblemente, pocas ciencias exigen tanto la madurez del especialista. La Historia resulta fácil y amena de leer para cualquier público; pero, en contrapartida, es difícil de escribir y el especialista tiene que volver una y otra vez sobre su trabajo, no quedando jamás contento del mismo. Y ello porque no le basta con dominar la técnica de investigación, sino que le es preciso, además, conocer profundamente la vida». *Tres embajadores...*, p. 18. Unos años más tarde insiste en la necesidad de contemplar el pasado desde el presente concreto. *Breve Historia de la Historiografía*. Madrid, Editora Nacional, 1955; y *Evolución del pensamiento histórico en los Tiempos Modernos*. Madrid, E. nacional, 1974, pp. 7 a 10.

²¹ «Prólogo de la Primera Edición (1952)». *Diccionario de Historia de España*. Madrid, Rev. de Occidente, 1968, pp. XI y XII.

²² Veinte años más tarde aparece el *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*. Madrid, CSIC, 1972, dirigido por Q. Aldea, T. Marín y J. Vives. Hasta 1988 no ha aparecido la *Enciclopedia de Historia de España*, dirigida por M. Artola. Madrid. Alianza, 1988.

de España de Luis García de Valdeavellano y su propósito aparece en las primeras páginas: se trata de construir una Historia de España desde la perspectiva del presente y relacionando un conjunto de elementos que aspiran a la totalidad²³.

En octubre de 1952 se celebra en Zaragoza el *V Congreso de Historia de la Corona de Aragón* al que asisten 248 congresistas. Entre las ponencias destaca una que, presentada por Juan Reglá, propone una metodología totalizadora aplicable al análisis y construcción de la historia local²⁴. Reglá proponía un esquema metodológico que ha inspirado, con posterioridad, gran cantidad de trabajos de investigación e, incluso, obras de carácter general. El método establecido por Reglá implica toda una concepción de la Historia como ciencia capaz de absorber y de abarcar una información plural que ha de examinarse desde seis niveles relacionados. El primer nivel es el de la demografía, el segundo el de la economía, el tercero exige el estudio comparativo de precios y salarios y la determinación del poder adquisitivo real de las distintas clases sociales; el cuarto el de la política en una triple dimensión: el análisis de la estructura municipal, la detección y aislamiento de las oligarquías dominantes y las relaciones entre Municipio y Monarquía; el quinto es el que Reglá denomina vida religiosa y cultural que es lo que hoy entendemos por historia de las mentalidades y, por último, las costumbres.

Este planteamiento metodológico y conceptual es, junto a los otros rasgos caracterizadores que significamos, expresivo del cambio y de la modernización de los estudios históricos españoles. Probablemente la asistencia de un reducido grupo de historiadores españoles al IX Congreso Internacional de las Ciencias Históricas celebrado en París en los últimos días de agosto y primeros de septiembre de 1950. En este Congreso se solicitaba la presencia de los historiadores españoles que, tras la guerra civil y el bloqueo posterior, habían sido apartados del contacto internacional. Y es muy significativo que, también en 1952, el 11 de julio, se crease la *Asociación Española de Ciencias Históricas* cuya primera Junta Directiva está formada por 22 miembros de los cuales más de la mitad son profesores universitarios²⁵. Estos acontecimientos, que significan modificaciones cualitativas esenciales, tienen su inmediata traducción en nuevas aportaciones que van a cimentar la actual historiografía española²⁶. La preparación del *X Congreso Internacional de las Ciencias Históricas*, que se celebró en Roma en septiembre de

²³ *Historia de España, I*, Madrid, Rev. de Occidente, 1968, pp. 14 y 15.

²⁴ «Historiografía local catalana sobre la época de Fernando el Católico». *V Congreso de Historia de la Corona de Aragón*. Zaragoza, 1952. Un amplio comentario acerca de las aportaciones de esta reunión puede verse en J. Reglá y J. Mercader, *Hispania*, XLIX, 1952, pp. 624 a 640.

²⁵ Varios de los primeros directivos habían asistido al IX Congreso y habían mantenido reuniones con Marrou, Wolff, Dhondt, Cipolla y Vilar entre otros. Estos españoles son Ballesteros Gai-brois, García Gómez, Carande, Pérez Bustamente, Lacarra, Cepeda, Vicens Vives, Pérez Villanueva, Rumeu de Armas, Palacio Atard, Pericot y otros. Ha de señalarse también que entre las primeras 49 instituciones que se adscribieron a la Asociación sólo figuran 7 Facultades de Letras: Madrid, Zaragoza, Valladolid, Barcelona, La Laguna, Murcia y Santiago de Compostela.

²⁶ En 1953, Marañón prologa *Los Afrancesados* de M. Artola, colaborador de *Simancas*. En 1954, Fernández Álvarez publicaba «El proceso de la decadencia económica de España», *De Economía*, abril de 1954. Gómez Molleda recibe el encargo de reunir toda la bibliografía histórica española producida a partir de 1950 y que va a presentarse al X Congreso de 1955.

1955, fue en España una tarea colectiva que contribuyó a unir la Universidad y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Los historiadores españoles se incorporaban a la investigación histórica internacional con una gran dignidad, y entraron en una relación científica abierta con historiadores como Mousnier, Jedin, Meuvret, Slicher van Bath, Braudel, Ashton y Labrousse. Este Congreso sirvió para confirmar la efectiva ampliación de los campos de investigación, y en otras reuniones científicas del mismo tiempo puede señalarse el proceso de ruptura del monopolio ejercido por el CSIC²⁷. El *II Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos*, celebrado en Luchon y Pau a finales del verano de 1954, y el *IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, celebrado en Palma de Mallorca a comienzos del otoño de 1955, señalan ya con toda claridad la mayor presencia de universitarios en relación con los investigadores oficiales del Consejo. Pero, mucho más importante, es la apertura de la conceptualización y de la presentación de problemas relacionados con la metodología histórica. José María Jover²⁸ señaló hace unos años los elementos del cambio en lo que él denominó «la frontera de los años cincuenta», en la que vio un «enriquecimiento de perspectivas», y que Antonio Eiras ha sistematizado y analizado en profundidad²⁹.

II

Frente al optimismo nacionalista y nada científico de Rafael Calvo Serer, que sólo vio el aplauso extranjero a la Historia de España³⁰, la preocupación racional y, en ocasiones, comprometida de los historiadores de este período es la característica fundamental de sus aproximaciones y profundizaciones en el campo de la teoría y de los métodos históricos. Santiago Montero Díaz distinguía en 1941 entre el trabajo concreto de investigación, que lleva a cabo el historiador, y los problemas epistemológicos ante los cuales el historiador ha de tomar también una actitud³¹. Y los tipificaba en tres direcciones: la primera, la Filosofía de la Historia; la segunda, la Metodología de la Historia y, la tercera, la Crítica Histórica.

²⁷ En la IV Asamblea, noviembre de 1955, se incorporan a la directiva, Menéndez Pidal, Cayetano Alcázar, Céspedes del Castillo y Luis Suárez. En la primavera de 1956 se reúne en Madrid el Bureau directivo del Comité Internacional: significaba la plena integración de España en la comunidad internacional de historiadores.

²⁸ «Corrientes historiográficas en la España Contemporánea». *Once ensayos sobre la Historia*, pp. 227 y ss.

²⁹ «En mi opinión, los cambios significativos en el decenio de la inmediata postguerra afectan a una triple dimensión: reflexión epistemológica, descubrimiento de las bases estructurales y geohistóricas; ampliación del concepto de hecho histórico y de tiempo histórico». El decenio de la reorganización es, sin duda, una afortunada definición. La bisagra que permitía la apertura al mundo exterior y a la renovación interior, se construyó con los Congresos.

³⁰ «Valoración europea de la Historia española». *Arbor*, 7, 1945, pp. 19 a 47.

³¹ «La doctrina de la Historia en los tratadistas españoles del siglo de Oro». *Hispania*, IV, 1941, pp. 3 a 39.

Cuando en 1951 fue invitado a dar una conferencia en el CSIC Arnold Toynbee³², los oyentes asistieron a una lección de racionalidad sintética. El filósofo británico propuso al auditorio congeniar evidencias como las de Dios, libertad del hombre, ley e Historia; su famoso problema conceptual que auna en la complejidad al conductor, al asno, al carro, a las ruedas y a las Compañías de Seguros. De haber profundizado en la psicología, Toynbee hubiese analizado y estudiado mejor los campos inteligibles de la comprensión histórica y, sus mecanismos challenge and response, hubiesen sido explicados desde las relaciones estructurales y, dentro de éstas, desde su nivel más inferior.

El conocimiento del basamento filosófico de la Historia empieza siempre por la reflexión personal y por la formulación de interrogantes que, de no responderse coherentemente de forma inmediata, exige siempre la comprobación objetiva de la información disponible. Y esta información puede buscarse válidamente en el discurso histórico: la evolución del pensamiento comienza a resultar útil cuando deduce o cuando observa críticamente. En el caso de la deducción, el historiador inquieto, reflexivo, piensa su presente y selecciona otros que han pasado antes por su misma experiencia. En la mera observación, aparentemente externa, de lo que produjeron otros que vivieron con anterioridad, el aparato crítico viene a indicar el resultado final que es común a las dos actitudes: la necesidad de interpretar que, en este contexto, consiste en responder. Por eso pedía Montero Díaz la actitud concreta y, en el tiempo que estudiamos, se producen por lo menos tres:

— Una, la más importante, busca comprobar objetivamente los conceptos que produjeron otros con anterioridad.

— Otra, poco importante³³, reflexiona sobre los aspectos metodológicos aunque con una clara dependencia de lo pensado en el pasado.

— La tercera, busca despertar el interés por ampliar el conocimiento histórico, inicialmente desde una perspectiva nacionalista y, al poco tiempo, desde posiciones más concretas que contemplaban «la realidad viva de las muchedumbres, de su trayectoria histórica más reciente, de su diversidad regional»³⁴.

Sin embargo, la realidad era otra; como ha demostrado Eiras Roel, la dependencia de los historiadores españoles respecto de la producción historiográfica exterior, es un hecho perfectamente constatable en la Universidad española de los años cincuenta. No obstante, si podrían inscribirse algunos progresos cuyo valor primordial reside en la preocupación y en la búsqueda de soluciones para resolverla.

En 1974, veinte años después de la publicación de su *Breve Historia de la Historiografía*, Manuel Fernández Álvarez, a la par que definía al hombre como ser esencialmente histórico, reclamaba de los historiadores la necesidad de estu-

³² «Ley y libertad en la Historia». *Revista de Estudios Políticos*, XXXIX, 1951, pp. 15 a 26.

³³ «El desarrollo metodológico merece un interés mínimo por parte de nuestros científicos. Poco nos ocupamos de tan importantes fundamentos del edificio historiográfico. Avanzamos por aproximación empírica, no por decisión escolástica». J. Vicens Vives: «Los estudios históricos españoles...», p. XI.

³⁴ J.M. Jover: «Corrientes historiográficas...», p. 228.

diar la historiografía. El mismo año, 1955, José A. Maravall trataba de congeñar la absorción necesaria de los conceptos del pasado, producidos por hombres concretos en un tiempo concreto, y la concepción del presente. Y terminaba señalando la necesidad de conocer desde nuestra perspectiva actual el mayor número posible de interpretaciones producidas en el pasado³⁵. En algo semejante se empeñó García Gallo³⁶: la orientación jurídica de la Historia del Derecho exigía abandonar la comprensión y explicación sociológicas y, en consecuencia, abarcar rigurosa y científicamente unas fuentes cuyo tratamiento e importancia habían sido poco destacados, o desatendidos, por los historiadores españoles.

La mirada atrás era considerada prematura y quizás sea ésta una de las claves para entender lo que podría caracterizarse como despreocupación generalizada por los temas historiográficos. En 1947, Benito Sánchez Alonso, al publicar la segunda edición de su *Historia de la Historiografía Española*, reiteraba honestamente su doble objetivo: en primer lugar, había que estimular la realización de monografías y ediciones críticas sobre fuentes que facilitasen su utilización y comprensión; y, por otra parte, era preciso señalar los vacíos y las lagunas que, todavía hoy, impiden la aproximación organizada del historiador a la totalidad del pensamiento español del pasado³⁷. Por eso una parte de los historiadores y ensayistas españoles del momento, buscan las raíces de la identidad hispana desde una perspectiva nacionalista e intuitiva³⁸ y, otros, tratan de enfrentarse al estudio del pensamiento del pasado desde un observatorio del presente.

El presente es la primera asignatura que debe preparar y aprobar el historiador y, una forma válida de hacerlo, consistente en acercarse y profundizar otras producciones coetáneas acerca del pensamiento del pasado. No hace tanta falta mirar atrás cuanto mirar alrededor; y esto es lo que, en cierta medida, han hecho todos los historiadores preocupados por la historiografía y muy especialmente los universitarios. El presente es, pues, el observatorio idóneo que permite al historiador dominar todas las direcciones y todas las dimensiones.

De este modo, Pedro Voltes Bou utiliza testimonios y criterios de posiciones historiográficas alejadas y próximas en el tiempo, para justificar la objetividad

³⁵ J.M. Maravall: «La Historia del Pensamiento Político, la Ciencia Política y la Historia». *Revista de Estudios Políticos*, 84, 1955, pp. 25 a 65.

³⁶ «Panorama actual de los estudios de Historia del Derecho Indiano». *Revista de la Universidad de Madrid*, 1, 1952, pp. 41 a 64. También, «El desarrollo de la historiografía jurídica indiana». *Revista de Estudios Políticos*, 70, 1953, pp. 163-185.

³⁷ Por fortuna, cuarenta años más tarde, aparecen preocupaciones nuevas y síntesis muy útiles. Véase el excelente trabajo de F. Sánchez Marcos: *Invitación a la Historia*. Barcelona, PPU, 1988.

³⁸ A. Castro: *La realidad histórica de España (1954)*. México, Porrúa, 1971. Todavía en 1965 Américo Castro avisaba de por dónde no debería ir nuestra Historia: «lucidos estaríamos los hombres de Occidente, si al volver la vista hacia el pasado, no halláramos en él sino estructuras y superestructuras, clases sociales, tráfico comercial, alza y baja de precios, curvas demográficas, y así sucesivamente». *Ibid.*, p. 41. Por fortuna para la Historiografía española casi nadie le hizo caso, y alguna contestación de las que recibió fue especialmente dura. Véase C. Sánchez Albornoz: *España un enigma histórico (1956)*. Buenos Aires, Sudamericana, 1971. En 1973, Sánchez Albornoz escribía: «Algún ensayista con quien he polemizado antaño, en su soberbia creyó siempre que sus elucubraciones eran definitivas de la realidad histórica de España y le ha sorprendido la muerte sin darse cuenta de sus dislates». *Ensayos sobre Historia de España*. Madrid, Siglo XXI, 1973, p. 11.

de la historiografía, la necesidad de concebirla y analizarla desde el presente concreto y valorar favorablemente la posición de *Annales* que, en aquel momento, trataba de liberarla de las fuertes ataduras de los dogmas preestablecidos³⁹. Era preciso definir y distinguir el presente: si éste era una atalaya comprometida cuya validez exigía su conceptualización, se hacía necesario ver un presente histórico y un presente físico⁴⁰. El conocimiento se deduce de la interpretación del historiador y, aquél, es un proceso que comienza a producirse a partir del instante en que descubrimos satisfactorias permanencias del pasado en nuestro presente⁴¹. La Historia, tal como señala Artola, es «la visión del conjunto de actos humanos realizados en el tiempo» desde un presente histórico. Y esta visión, que exige la totalidad y una imprescindible amplitud, no puede encajarse en el estrecho marco de la periodización: desde la atalaya comprometida de su presente, Martín Almagro en 1953, defendía la inclusión de la Prehistoria en los planes de estudios universitarios⁴² y, a la par, denunciaba la inexistencia de españoles al lado de quienes entonces construían la Historia Universal. La protesta y el compromiso de Martín Almagro iban más lejos y avisaba a los historiadores del peligro de la especialización. Estos compromisos desde el presente difícil de los años cincuenta y estas invitaciones sugestivas a la totalidad y a la universalidad de la Historia, se construyen con la lectura, con la reflexión y, muy importante, con la esperanza puesta en ese factor de comunicación que es un congreso. Martín Almagro terminaba esperanzado: «esperemos que la reunión del Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, que se celebrará en Madrid en 1954, esté a la altura de esta noble ambición». El Congreso facilita el mirar alrededor y ello, como ya he indicado, vivifica el espíritu historiográfico español de esos años; pero, además, hay un mirar fuera que ha enriquecido a la Historia española, a veces con retraso. En 1953, un miembro del CSIC, Juan Roger⁴³ analizaba el comportamiento historiográfico francés y distinguía «batallas conceptuales» interesantes. Y era que en el exterior europeo más próximo, Francia, combatían los clásicos de Louis Halphen y los modernos de Bloch y Febvre. La Historia empezaba a ser como la vida, un espectáculo huidizo⁴⁴ cuya complejidad auguraba el nuevo oficio del historiador. Para los historiadores españoles de la «década de la reorganización» también la historia empezaba a ser una elección. Y sobran los ejemplos que podríamos valorar. Así, desde cada concepción del presente —la mayoría de las veces dolorosa— los historiadores españoles eligen esa triple dirección de su mirar atrás, alrededor, o fuera, y permeabilizan, poco a poco, una novedad

³⁹ P. Voltes Bou: *Tendencias actuales de la Historiografía*. Valladolid, CSIC, 1957. También, «Crisis y renacimiento de la doctrina de Ranke», *Revista de Estudios Políticos*, 97, 1958, pp. 97 a 128.

⁴⁰ «Entiendo por presente histórico, a diferencia del presente físico, un ámbito temporal de mayor amplitud en que el saber del pasado es recuerdo y no conocimiento propiamente dicho». M. Artola: «En torno al concepto de Historia». *Revista de Estudios Políticos*, 99, 1958, p. 146.

⁴¹ J.A. Maravall: *La Historia y el presente*. Madrid, Publicaciones de la UIMP, 4, 1955.

⁴² «La dimensión universalista de la Prehistoria». *Arbor*, 87, 1953, pp. 293-295.

⁴³ «Las escuelas historiográficas en la Francia contemporánea». *Arbor*, 88, 1953, pp. 570-580.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 571.

que llegaba desde nuestro propio interior difundida por la historiografía catalana y por la castellana, y desde el exterior Juan Roger dramatizó el significado progresista de *Annales* y consideraba «ocioso destacar el carácter revolucionario de semejante concepción». El motivo esencial de preocupación era religioso. Había que reafirmar el papel del cristianismo-catolicismo en la Historia. Así, en 1956, Alfonso Candau señalaba que «uno de los ingredientes de esa conciencia histórica moderna es su pureza racional, su deseo de ser metódicamente independiente de toda verdad teológica o religiosa en sentido amplio, no accesible al uso meramente natural de la razón»⁴⁵. Reclamaba Candau el lugar de la Teología y protestaba de las amenazas de la racionalización y de la secularización y, para dejar las cosas absolutamente claras, definió la imposibilidad de ser científico y, al tiempo, ser historiador. Esta apreciación especialmente rigurosa ponía sobre el conjunto de reflexiones historiográficas la necesidad de comprender desde el cristianismo la Historia. Existían motivos ideológicos preocupantes que hacían preciso radicalizar las posiciones historiográficas occidentales. Uno de los asistentes al X Congreso Internacional de Roma, Eloy Benito Ruano, al calificar la historiografía de los países del Oriente europeo valoraba positivamente la investigación científica, pero «la interpretación generalizadora de esos hechos está de tal modo presidida por el signo del prejuicio doctrinal, que precisa ineludiblemente de una profesión de fe marxista para aceptarla ingenuamente»⁴⁶. Los historiadores españoles se adecuaron a posiciones defensivas: los informantes anónimos de las «Noticias breves» de *Arbor*⁴⁷, unieron en un mismo número la preocupación por el imperialismo ideológico de la revista soviética *Voprosy istorii*, «una publicación combativa, militante, capaz de influir profundamente en el desarrollo de la historiografía marxista», y la pérdida de la fe en Benedetto Croce, nacido en el seno de una familia católica y educado en el Collegio della Carità de Nápoles, dirigido por religiosos.

Había que vitalizar las posiciones católicas. Vicente Palacio Atard, al definir a Menéndez Pelayo como historiador actual⁴⁸, reconocía que «la lección del historiador católico es, en este caso, actual hoy, como lo fuera hace cincuenta años, como lo será siempre». Y a la vez que Palacio Atard se consideraba «alejado de los menesteres cotidianos de la política inmediata, metido casi todo el día en mis clases y ocupado en los trabajos de la investigación histórica con mis colaboradores o discípulos», animaba a los historiadores católicos a profundizar la historiografía del pasado⁴⁹.

⁴⁵ «Teología y Filosofía de la Historia». *Arbor*, 123, 1956, p. 371.

⁴⁶ «La historiografía actual en los Países del Oriente europeo». *Arbor*, 121, 1956, p. 81.

⁴⁷ «Sobre la misión de la historiografía soviética» y «Sobre el pensamiento de Croce y su postura religiosa». *Arbor*, 87, 1953, pp. 358-364.

⁴⁸ «Menéndez Pelayo, historiador actual». *Arbor*, 127-128, 1956, pp. 427 a 445.

⁴⁹ «Ahora más que nunca los historiadores católicos hemos de acometer —por el estudio de la práctica religiosa entre nuestros antepasados y con el análisis de las fuerzas morales que han coparticipado, junto a la educación católica, en la conformación espiritual de nuestros antepasados— el problema de precisar en qué medida los españoles fueron un pueblo católico y hasta qué punto conviene, en rigor, a España el pomposo título de brazo armado de la Iglesia. Será ésta una manera segura de

La preocupación por la religión escondía el temor a la contaminación ideológica y, sobre todo, a las crecientes dosis de racionalización y de secularización que parecían inundar la ciencia histórica. Aunque la España de los años cincuenta no puede concebirse enteramente como un espacio cerrado, ni como un espacio pleno de moralización, muchos trabajaron por conseguirlos, y adoptaron posiciones numantinas que utilizaron el insulto para denigrar lo que hacían quienes no pensaban como ellos. Tal es el caso de Rafael Olivar Bertrand que avisa en el año 1957 de la extranjerización creciente de la historiografía del momento ⁵⁰.

La comprobación objetiva de los conceptos historiográficos se hizo, pues, desde tres actitudes y posiciones que, como he señalado, producen en la España de los años cincuenta otras que, si bien no niegan frontalmente el progreso, si se atreven a discutirlo. En ese momento, como ahora, las carencias se suplían con trabajo y con entusiasmo y todos los afanes ortodoxos fueron dignos de respeto. Pero quienes entonces orientaron su investigación y sus explicaciones, atrás, alrededor, y fuera, se encontraron con una realidad propia muy deprimida y, desde luego, repleta de peligros.

La existencia de lagunas historiográficas, la tentación de describir el pasado desde cada presente, la pérdida del sentido universalista de la Historia que significaba la fragmentación y la especialización, la adscripción peligrosa a la nueva historia antihistorizante, la creciente materialización de la vida y la agresiva influencia marxista, constituyeron los pilares básicos desde donde era muy fácil identificar el gusto y la curiosidad por lo extranjero con un sentimiento antiespañol.

El oficialismo científico y su propaganda entendían que existían dos inquietantes realidades: la exterior, que estaba produciendo una historia rasante; y la interior, que empezaba a apartarse del asfixiante dirigismo de la jerarquía. Sin embargo, la realidad empezaba a ser ligeramente distinta a la del tiempo del aislamiento. Desde 1950 la Organización de las Naciones Unidas liberaba a los países miembros de la resolución de 1946, que recomendaba no mantener relaciones diplomáticas con España. En 1952 España era admitida en la UNESCO y, antes de serlo en la ONU en 1955, se firmaba en 1953 un Concordato con el Vaticano.

Esta apertura hacia el exterior no significa, sin embargo, una homogeneización del criterio español respecto de Europa y del mundo; por el contrario, contra la esperada y temida heterodoxia que se vislumbraba en el exterior, se radicalizaron aún más las posiciones nacionalistas que todavía pensaban que era mejor

contribuir a las averiguaciones sobre nuestro catolicismo actual, sus necesidades y las de la Iglesia de nuestro tiempo». *Ibid.*, p. 442.

⁵⁰ «Con una frecuencia que desconcierta, denotadora de una escalofriante falta de personalidad, acusan su presencia, ruidosamente, las mentes españolas que se dejan seducir por la última palabra venida de allende las fronteras nuestras. La última palabra en la parcela de la viña del Señor cultivada por cada cual, en este nuestro reiterado caso la Historia». R. Olivar Bertrand: «Algo sobre crítica y más sobre Historiografía Moderna». *Arbor*, 137, 1957, pp. 101-103. La violencia de este crítico de historiadores de la época es impune. Nadie puede contestarle. Concibe la Historia como «un monstruo de fauces estrechas, que retiene en la boca lo grande y se traga lo menudo». Expresiones como «menudencias biliosas, plumas reumáticas, cerebros de atrabiliaria soberbia», componen un mundo de decir que dificulta la relación científica. Véase su panfleto «Del siglo XIX al siglo XX». *Arbor*, 139-140, 1957, p. 455.

una España aislada y purificada⁵¹. Y el primer gesto, entre otros, fue levantar un muro definitorio que bordease el callejón por donde debía de ir la Historia: cuando Antonio Ramos Oliveira publicó su *Historia de España* y tuvo la osadía de explicar la Guerra Civil y los primeros años de la postguerra, se le criticó por negar la «misión histórica universal de España»; y, al tiempo, se le señaló el camino verdadero, «el historiador auténtico, que debe ser, por encima de todo, fiel a la verdad, si no sabe liberarse de falsos prejuicios que le pueden rodear, vale más que deje de historiar acontecimientos que le están próximos»⁵².

Pero también se modificó la metodología. Todo método es producto de una reflexión que el científico hace, y que proyecta, en un proceso permanente de experimentación sobre la realidad. De este modo, un modelo metodológico es viable siempre que la lógica interna de su discurso sea aplicable en la práctica. Los progresos metodológicos, cuando los hay, lo son gracias a la reflexión científica, a la permeabilidad que asegura la comunicación y la recepción de nuevas ideas y a la existencia de lo que Derek J. de Solla Price ha denominado colegios invisibles⁵³.

Todo libro es un medio de comunicación que inevitablemente llega con bastante retraso al consumidor⁵⁴. Este retraso, del que no sólo son responsables los canales de comunicación y de difusión, dificulta lo que entiendo por estar al día y contribuye a que el científico se encuentre en ocasiones desconectado de lo que, en ese momento, hacen otros científicos. Vicens Vives particularizó en 1953 esta desconexión: los historiadores españoles del Despotismo Ilustrado no se habían comunicado entre sí y tampoco conocieron a tiempo la gestación y publicación de *L'Espagne éclairée...*, del entonces Rector de la Universidad de París, Jean Sarrailh⁵⁵. La anécdota dejaba de serlo cuando se dramatizaba el efecto; los resultados de la desconexión eran «el descuido de temas importantes, la incidencia de la misma problemática, la imposibilidad de cotejar resultados, la exigencia de una nueva obra de síntesis», *pérdida infinita de tiempo*. Y Vicens proponía cuatro soluciones: una sintonización de los historiadores, la reunión periódica de Con-

⁵¹ J. Campillo: «La muerte oscura de Benedetto Croce». *Cuadernos Hispanoamericanos*, 35, 1952, pp. 160 y 161. En la misma Revista, E.C. comenta «Una nueva gracia de Salvador de Madariaga» en Radio París. El ilustre español es calificado de «renegado, aséptico e incontaminado, inteligente, historiador moderno...» Los contenidos y la oposición de significados son bastante claros.

⁵² «Así se escribe la Historia». *Cuadernos Hispanoamericanos*, 38, 1953, pp. 250 y 251.

⁵³ *Little science, big science*. New York, Columbia University Press, 1963. (Trad. española *Hacia una ciencia de la ciencia*. Barcelona, Ariel, 1973, pp. 109 y ss.).

⁵⁴ J.M. Berenguer Peña: «Difusión y promoción de resultados». *Metodología del proyecto de Investigación*. Madrid, Centro de Fundaciones-Fundesco, 1978, pp. 135 a 164.

⁵⁵ Hoy, por fortuna para quienes dentro de otros cuarenta años tengan que referirse a nuestro tiempo, sigue pasando lo mismo. La incomunicación científica sigue siendo el Caribe que perpetúa los mismos hundimientos de siempre. En España, en 1989, en bastantes Facultades Universitarias, trabajar en equipos científicos organizados es imposible para quienes se hallan en la privilegiada posición de tener la posesión de la verdad absoluta. Sin embargo, el individualismo científico no ha producido las individualidades geniales que se esperaban.

gresos, *evitar las publicaciones apresuradas y coordinar la investigación desde la Universidad*⁵⁶.

La sintonización de los historiadores y la moderación en la comunicación escrita constituyen claves interesantes que contribuirían a paliar la evidencia más notoria de nuestro tiempo: el crecimiento exponencial de la literatura científica ha puesto de relieve *el escaso quantum de información útil*⁵⁷. En efecto, la reiteración, la desconexión y, sobre todo, el afán de identificar al científico por lo prolífico de su producción, en vez de por la calidad de la misma, conformaron una serie de problemas que fueron básicos en la historia española de la década de los cincuenta, y continúan siéndolo cuarenta años más tarde.

Pero, ¿qué se publicó en ese tiempo? y ¿cuáles fueron las modificaciones metodológicas que prepararon el despegue posterior?. Y ¿qué grado alcanzaron las reflexiones metodológicas y cuál fue la influencia real extranjera?. La respuesta a todas estas interrogantes exige señalar previamente la existencia de algunos colegios invisibles. Ya se ha destacado la importante influencia de los hispanistas⁵⁸, aunque convendría medir justamente sus sugerencias metodológicas y, en algunos casos, su acción tutelar sobre la investigación histórica en España. Ello sólo sería observable a través de la correspondencia que sin duda se cruzan algunos historiadores españoles y extranjeros, o a través de las reuniones y coloquios científicos. La década pareció estar presidida por dos momentos interrelacionados entre sí: uno, de 1951 a 1956, señaló el comienzo de una liberalización intelectual cuya realización más oportuna fue el reconocimiento desde el interior de una presencia intelectual española en el exterior que se había anclado en la nostalgia⁵⁹. Esta liberalización es visible, a juicio de J. Marichal⁶⁰, en la actividad docente e investigadora de tres personas relacionadas directamente con la Historia: Tierno Galván, Vicens Vives y Giménez Fernández. Los tres buscaron en «un pretérito más o menos remoto» el refugio desde el cuál podían lanzarse a una auténtica tarea de modernización. Así, el *neotacitismo* de Tierno, el *historicismo pactista* de Vicens, y el *neoescolasticismo y solidarismo* de Giménez Fernández, sirvieron para poner en circulación desde el pasado medieval y moderno, ideas, acontecimientos y hechos históricos como los del pactismo monárquico, reforma agraria, justicia social y la larga lucha antiinquisitorial que se desarrolló en la España Moderna. Estas posiciones, no exentas de compromisos políticos críticos al régimen del General Franco, dada la militancia política de sus autores, exigieron actitudes metodológicas concretas que, en los tres casos, parten de un convencimiento común:

⁵⁶ «Los estudios históricos españoles...», pp. IX y X.

⁵⁷ D.J. de Solla Price: «Los colegios invisibles». *Hacia una ciencia de la ciencia*, p. 109.

⁵⁸ J. Cepeda Adán: *La historia de España vista por los extranjeros*. Barcelona, Planeta, 1975.

⁵⁹ «Los desterrados, en tanto conserven su talante de tales, no pueden venir, porque acostumbrados a vivir entre sus remembranzas y sus nostalgias, en la España no de su realidad, sino de su corazón, se han tornado ciegos a la cruzada luz de un presente que les es ajeno y se ha hecho sin ellos». J.L. López Aranguren: «La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración». *Cuadernos Hispanoamericanos*, 38, 1953, p. 141.

⁶⁰ *El nuevo pensamiento político español*. México, Finisterre, 1966, pp. 32 y ss.

su oposición al ideologismo ⁶¹, que hoy sabemos es una de las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, en la que se comprometieron ideologizados los historiadores. De este modo, la más importante actitud metodológica anuncia un cambio que se concretará de forma inmediata en la aparición de nuevos trabajos de investigación histórica. El ejemplo viene de la mano de Vicens Vives a propósito de la polémica Américo Castro-Claudio Sánchez Albornoz ⁶²: la nueva preocupación es la de saber qué pasó con el hombre común, qué fue la miseria y el hambre, la epidemia y la muerte... Todo iba a concretarse en forma de trabajos de investigación. Sin minusvalorar aportaciones más tradicionales, la forzosa síntesis de este nuevo enfoque ha de iniciarse obligatoriamente poniendo en relación a sus autores con la historiografía extranjera. En 1951, F. Braudel comentaba las obras de J.M. March y Gregorio Marañón aparecidas con anterioridad y referidas a la *Niñez y juventud de Felipe II* y a *Antonio Pérez* y, a la vez que invitaba a repensar el siglo XVI español, destacaba la riqueza documental española acotando noticias referidas al clima y a las enfermedades en el tiempo de la juventud de Felipe II ⁶³. El mismo año, R. Ricard resaltaba en *Annales* el espíritu de colaboración internacional del equipo dirigido por Elías Serra Rafols en La Laguna ⁶⁴. Aunque es explicable la cortedad de las opiniones extranjeras sobre la tarea de los historiadores españoles, ésta comenzó a difundirse a partir de la estancia en España de H. Lapeyre, P. Chaunu, B. Bennassar, A. Huetz de Lemps y otros historiadores franceses preocupados por temas históricos españoles. *Annales* de este tiempo recoge la preocupación francesa por la Historia española y, los trabajos que publica y reseña, señalan su orientación y su influencia ⁶⁵.

Desde la perspectiva española la situación era semejante. En 1951 Juan Reglá destacaba en *Hispania* la renovación metodológica de la historiografía francesa ⁶⁶, y Vicens Vives desde la Editorial Teide traducía y divulgaba los resultados franceses. Un año más tarde, Juan Mercader escribía: «Subrayemos, por fin, el creciente interés que viene manifestando la actual historiografía francesa para

⁶¹ E. Díaz: «Notas para una historia del pensamiento español actual (1939-1972). Segunda parte: los años cincuenta». *Sistema*, 2, 1973, pp. 129 y 130.

⁶² *Aproximación a la Historia de España*, p. 22.

⁶³ «L'Espagne de Charles Quint et de Philippe II». *Annales*, 6, 1951, pp. 49-60.

⁶⁴ R. Ricard: «Les génois aux Canaries». *Annales*, 6, 1951, pp. 247 y 248. Se refiere al artículo de M. Marrero: «Los genoveses en la colonización de Tenerife, 1496-1509». *Revista de Historia*, 89, 1950, pp. 52 a 63. Manuela Marrero sería una de las primeras historiadoras españolas que se aproximaron a temas de historia social. Véase su trabajo «De la esclavitud en Tenerife», *Revista de Historia*, 100, 1952, pp. 428-441.

⁶⁵ Además de publicar en 1955 el primer volumen de *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*, P. Chaunu da a conocer a través de *Annales* y a partir de 1952, la *Revista de Estudios Políticos*, la breve obra de Manuel Tejado Fernández: *La vida social en Cartagena de Indias*. Sevilla, CSIC, 1954, los trabajos de Giménez Fernández sobre Hernán y Fernando Cortés, el trabajo pionero de P.W. Bomli: *La femme dans l'Espagne du siècle d'or*. La Haye, M. Nijhoff, 1950, etc. H. Lapeyre publicaba en 1953 y en 1955 sus trabajos sobre los Ruiz. En 1957, B. Bennassar publicaba «Facteurs sévillans au XVI siècle, d'après des lettres marchandes». *Annales*, 12, 1957, y A. Huelz de Lemps: «Le vignoble de la Tierra de Medina aus XVII et XVIII siècles», *Annales*, 12, 1957.

⁶⁶ Comentario a la obra de Ch. Morazé: *Principios Generales de Historia, Economía y Sociología*, traducida por Teide y publicada en 1952 en español. *Hispania*, XLII, 1951, pp. 188-190.

los temas ciertamente localizados. (...) Decimos esto porque en España, donde tantas cosas quedan por hacer todavía, dichos temas se relegan con demasiada ligereza a los aficionados, olvidando que nuestra Historia no la han hecho tan sólo los monarcas o los gobiernos, sino todo el pueblo español. (...) Si estamos, pues, persuadidos de que conviene ensanchar los contornos de la Historia de España, hasta ahora prácticamente reducida a lo político, diplomático o militar, habrá que prestar una mayor atención a los manantiales de donde pueda surgir esta historia popular y total, que tanto echamos en falta»⁶⁷.

Así, mientras Chaunu avisaba a los lectores de *Annales* de la posibilidad de acercarse a la España oficial a través de los artículos publicados en la *Revista de Estudios Políticos*⁶⁸, Mercader, además de citar y examinar sus artículos, manifestaba su entusiasmo por los *Études d'histoire moderne et contemporaine* de 1947, 1948 y 1950, en los que participaban G. Zeller, R. Mousnier, J. Meuvret, J.B. Duroselle y otros⁶⁹. El largo texto de Mercader que reproducimos arriba era ayudado por un goteo constante de invitaciones a beber de unos manantiales cuyo curso abría los caminos nuevos de la renovación. Juan Reglá justificaba la nueva orientación metodológica como una exigencia del tiempo presente⁷⁰, y la publicación en 1953 de *La ciutat d'Igualada*, obra de Mercader, fue saludada por J. Nadal como «una de las primeras aplicaciones en nuestra patria del método geohistórico, en el que sentó cátedra la obra famosa de Fernand Braudel». En este trabajo se utilizan datos demográficos y ello permite señalar a Nadal, «con lo que se demuestra una vez más que la demografía constituye el mejor medio de interpretación de la realidad social»⁷¹. Empezaba, de este modo, una preocupación por las bases estructurales que catapultaba a la demografía y a la economía a los primeros lugares de la investigación histórica. Así, en 1953, J. Nadal y E. Giralt publicaban su *Ensayo metodológico para el estudio de la población catalana de 1553 a 1717*⁷². En él, tras examinar la validez y riqueza de las fuentes demográficas generales y locales, denunciaban «la poca o nula aplicación de los historiadores de este país hacia los temas demográficos», y encontraban apoyaturas metodológicas en trabajos de Braudel, Baehrel, Meuvret, Kula, Gubert, Henry, Cipolla y otros. Era la primera vez que se insistía en el enorme caudal informativo de las fuentes parroquiales que podrían ayudar a resolver los problemas de las

⁶⁷ *Hispania*, XLVII, 1952, pp. 319-320.

⁶⁸ *Annales*, 7, 1952, p. 255.

⁶⁹ *Hispania*, XLII, 1951.

⁷⁰ «Las nuevas exigencias de los tiempos implican una revisión en las orientaciones metodológicas de la ciencia histórica. Si ésta debe aspirar al pleno conocimiento de las auténticas realidades humanas, no puede soslayar el estudio de las manifestaciones económicas. Y ello, no por un trasnochado materialismo de cuño marxista, sino para establecer hechos básicos en toda coyuntura social, como recoge en sus directrices gran parte de la moderna historiografía». *Hispania*, XLVIII, 1952, pp. 476 y 477.

⁷¹ *Hispania*, LIII, 1953, pp. 662-664.

⁷² *Estudios de Historia Moderna*, III, 1953, pp. 239-285.

fuentes macrodemográficas. Los trabajos anteriores de Ruiz Almansa⁷³ y Sancho de Sopranis⁷⁴ habían presentado el problema de la conversión de vecinos en habitantes, hecho que sólo podría empezar a resolverse a partir del trabajo exhaustivo sobre libros parroquiales. El camino estaba abierto y la escuela de historiadores catalanes impulsaba estudios cada vez más completos; de este modo, Voltes Bou⁷⁵ e Iglesias⁷⁶, se aproximaban al conocimiento de la realidad demográfica catalana en los siglos XVI y XVIII.

Además de los Archivos Parroquiales comenzaban a ser utilizadas con una perspectiva local y regional fuentes generales que, hasta entonces, habían sido utilizadas desde una perspectiva nacional: se producía así la necesaria parcelación de los estudios de historia demográfica⁷⁷. Algo semejante empezaba a ocurrir con los estudios de historia económica. En 1954, J. Vicens Vives escribía en *Hispania* una nota metodológica⁷⁸ en la que criticaba a la revista *De Economía* por un conjunto de artículos *Sobre la decadencia económica de España* en los que, salvo la colaboración de Manuel Fernández Álvarez, no se registró la presencia de historiadores. Vicens aprovechó la ocasión para manifestar su desconfianza de los frutos de las Cátedras de Historia Económica, a las que sobraba formación economicista y faltaba formación historiográfica, proponiendo la creación en las Facultades de Filosofía y Letras de «unas Cátedras experimentales de Principios de Historia Económica». Así, se evitaría mucho del miedo del historiador a la Economía⁷⁹, y no habría necesidad de justificaciones metodológicas⁸⁰ que, probablemente, fuesen criticadas por extrañas y novedosas en ese tiempo.

La batalla por la historia económica y sus métodos acababa de empezar, buena prueba de ello es el incremento de trabajos de investigación demográfica y econó-

⁷³ «La población de España en el siglo XVI. Estudio sobre los recuentos de vecindario de 1594, llamados comúnmente Censo de Tomás González». *Revista Internacional de Sociología*, 3, 1943, especialmente las pp. 117 a 119.

⁷⁴ «Estructura y perfil demográfico de Cádiz en el siglo XVI». *Estudios de Historia Social de España*, II, 1947, pp. 533 a 612.

⁷⁵ «La población de Cataluña en el primer cuarto del siglo XVIII». *Estudios Geográficos*, XVII, 1956, pp. 165-184.

⁷⁶ *Distribució comarcal de la població catalana a la primera meitat del segle XVI*. Barcelona, 1957.

⁷⁷ I. Pérez Valera: *Ciudad Real en el siglo XVIII*. Ciudad Real, Diputación Provincial, 1955. T. Maza Solano: *Nobleza, hidalguía, profesiones y oficios de la Montaña, según los padrones del Catastro de Ensenada*. Santander, 1956-1957.

⁷⁸ «Hacia una Historia Económica de España. Nota metodológica». *Hispania*, LVII, 1954, pp. 499-510.

⁷⁹ «Los historiadores solemos tener aprensión a los problemas económicos. Los juzgamos muy intrincados, y cuando oímos hablar de un *trend* saltamos disparados hacia nuestros cómodos refugios archivísticos. En realidad ese temor es desproporcionado». *Ibid*, pp. 501 y 502.

⁸⁰ «No sentimos ninguna clase de fetichismo por las cifras. La Historia de las estructuras se desarrolla con un ritmo lento y jamás una fecha concreta preside un cambio profundo, por la sencilla razón de que ésto no se manifiesta bruscamente». J. Reglá: «Felipe II y el bandolerismo catalán». *Hispania*, LXI, 1955, p. 549.

mica que se reseñan en el *Índice Histórico Español* y la creciente preocupación por los ritmos económicos de nuestra Historia ⁸¹.

La influencia extranjera era evidente y la penetración de un vocabulario histórico nuevo descubría opciones metodológicas y posiciones intelectuales que primaban las investigaciones de base frente a las más tradicionales y desgastadas de una etapa anterior. Los trabajos sobre el Imperio Español de Haring, el descubrimiento del Mediterráneo de Braudel, la Sevilla Atlántica de Chaunu, los moriscos de Lapeyre y de Halperin Donghi, los mercaderes y las ferias de Lapeyre y de Bennassar, y el tiempo del Quijote de Vilar, contribuyeron en la década de los cincuenta a fijar los caracteres esenciales de nuevos temas en los que, lo más destacable, era la atención a lo local y regional. Cuando en 1953 Ch. Verlinden ⁸² escribió una definición de Historia Social traducida para *Arbor*, reconocía los servicios que la historia económica estaba prestando a la economía política y, al tiempo que señalaba los campos de actuación de la sociología histórica y de la etnografía, pensaba una historia social como ciencia de la vida concreta de las sociedades del pasado. Llegar a esa vida concreta exigía la utilización de numerosas fuentes y manifestar una profunda fe en las nuevas corrientes metodológicas. J. Reglá explicaba en 1953 las consecuencias de la expulsión de los moriscos y señalaba vacíos significativos en la Historia de España que convenía rellenar ⁸³. Había que revisar fuentes y encontrar la Historia «viva» tan grata a Febvre y a Braudel y, para hacerlo con eficacia, era preciso localizar, comarcalizar, construir monografías y «procurar atenerse a la escueta realidad de los hechos» ⁸⁴. La realidad iba a convertirse en una obsesión; a partir de 1956 comienza el despeque inicial de la economía española y también lo que Elías Díaz ha denominado «proceso de desideologización». En el camino de la liberación, primero intelectual y después económica e ideológica, España descubre lo social: la novela, el teatro, la poesía y también las ciencias sociales se sienten atraídas por la temática y por la realidad social. Incluso una asignatura de las Enseñanzas Medias como la Religión llega a introducir en sus programas, a partir de 1957, el pensamiento social de la Iglesia.

Lo social era algo más que una moda. El crecimiento económico, que permitía observar la salida de la autarquía, había empezado a producir una masa obrera que en las principales ciudades procuraba organizarse en el medio tolerado por la dictadura. Junto a una clandestinidad abierta y fácilmente reconocible en ambientes marginales e incluso en medios universitarios, aparecían organizaciones como la HOAC, la JOC y las Vanguardias Obreras que, desde perspectivas cristianas, comenzaban a difundir la *Historia del Movimiento Obrero*, la *Historia del Trabajo*, y los problemas derivados de la emigración, a través de boletines

⁸¹ V. Vázquez de Prada: «Política y economía españolas en la época de los Austrias». *Arbor*, 90, 1953, pp. 145-149.

⁸² «¿Qué es la Historia Social?». *Arbor*, 86, 1953, pp. 164-177.

⁸³ «La expulsión de los moriscos y sus consecuencias. Contribución a su estudio». *Hispania*, LI, 1953, pp. 215 y 216.

⁸⁴ J. Nadal: «La revolución de los precios españoles en el siglo XVI. Estado actual de la cuestión». *Hispania*, LXXVII, 1959, p. 503.

que constituyeron el germen de un medio de expresión que se institucionaliza en la década siguiente: la editorial Zero y el grupo ZYX. Todas estas transformaciones, que modifican sustancialmente la vida española, producen una apertura cuyo efecto inmediato es la decidida inclinación de los historiadores hacia lo social y, antes de que comenzasen los años sesenta, la historia local y regional señalaban unos caminos que prometían un acercamiento a la realidad histórica desde planteamientos metodológicos nuevos.

Entre el 14 de enero y el 15 de abril de 1958 se desarrollaron en el Aula de Historia del Ateneo de Madrid unas conferencias-coloquio sobre el tema *La revolución liberal y los orígenes de la España Contemporánea*. En ellas participaron Palacio Atard, Corona Baratech, Cepeda Adán, Fernández Álvarez, Juretschke y Jover Zamora⁸⁵. Estas conferencias-coloquio, además de presentar la historia política española de los últimos años del siglo XVIII y primeras décadas del XIX, presentaron unas innovaciones significativas que es preciso tener en cuenta: tanto Fernández Álvarez, como Cepeda Adán y Jover Zamora introdujeron análisis sectoriales útiles para la historia social del período. Así, Fernández Álvarez estudió la filiación masónica y las relaciones masónicas de diversos componentes del ejército en el período 1820-1823; Cepeda Adán analizó el comportamiento de la burguesía en la época de Isabel II, y Jover Zamora relacionó la evolución demográfica española desde 1797 a 1857, a la par que estudiaba a las clases trabajadoras de la España del siglo XIX.

Junto a la historia política más tradicional comenzaba a tener cabida una preocupación por la historia social que, todavía en sus inicios, concretaba su atención en grupos sociales considerados y analizados desde una perspectiva estamental. Sin embargo, es posible detectar un conjunto de ampliaciones conceptuales y metodológicas que probablemente proceden de la historiografía francesa, alemana e inglesa⁸⁶. Cuando a finales de 1957, Fernández Álvarez publica «El hidalgo y el pícaro»⁸⁷, conceptualizaba dos formas de vida antagónicas que salen de marco estamental de la perspectiva clásica: la sociedad comienza a entenderse como una complejidad en la que los más característico lo constituían las interacciones de los distintos grupos componentes. El hidalgo, portador de virtudes y de defectos, deja de ser prototipo cuando el ocio, el desprecio por la actividad laboral y la pérdida de la función militar, definen su existencia. El pícaro, cuyo carácter más importante se lo concede su afán de medro⁸⁸, es la expresión más clara del deseo de movilidad vertical que caracteriza el tiempo del Barroco. Ambos se relacionan y hasta presentan comportamientos semejantes que obligan al

⁸⁵ «El Aula de Historia del Ateneo». *Arbor*, 150, 1958, pp. 270-274.

⁸⁶ Entre 1950 y 1960, *Annales* desarrolla un gran esfuerzo conceptual sobre el tiempo histórico y ensaya métodos de investigación y procura ampliar el campo de observación histórica. Mientras *Hispania* dedica su interés a la historiografía francesa, *Arbor* lo hace con la historiografía alemana e inglesa.

⁸⁷ *Arbor*, 144, 1957, pp. 362-374.

⁸⁸ J.A. Maravall: «La aspiración social de medro en la novela picaresca». *Cuadernos Hispanoamericanos*, 312, 1976, pp. 590-625.

historiador a penetrar en el sistema social, en su complejidad y en las relaciones de los elementos que lo conforman. Era lo que pedía en 1959 Carmelo Viñas y Mey al comentar, con gran dureza, la aparición de la *Historia Social y Económica de España y América*, dirigida por Vicens Vives⁸⁹. La ampliación de los conocimientos históricos exigía penetrar en la trama de la complejidad; y esta entrada no debía consistir en la realización de trabajos generales que repitiesen los tópicos y las carencias de información tan características de los manuales. Viñas Mey apuntaba la solución de la ampliación: la investigación de síntesis sólo podría realizarse cuando los historiadores dispusieran de monografías adecuadas y se convencieran de que la «acumulación masiva de hechos y datos» es una manifestación positivista contraria a la nueva metodología.

Toda ampliación exige la especialización y esta empieza a serlo cuando el historiador «se da plena cuenta y sobrevalora las dificultades, complejidades y posibilidades todas»; el investigador especialista actúa con prudencia, trata de agotar la información y, sobre todo, desconfía siempre de sí mismo. Esta especialización obliga al historiador a olvidar, aunque momentáneamente, los necesarios trabajos generales y de síntesis, porque el historiador especialista ha adquirido conciencia de la imposibilidad real de abarcar un conocimiento tan extenso y tan largo como la Historia. Por eso, toda especialización es una parcelación necesaria y útil que no constituye en sí misma un fin, sino una actitud, un modo previo de hacer las cosas que prepara el camino de la actividad global que sólo puede acercarse a la verdad cuando el especialista esté verdaderamente entrenado. Y esta actitud y la parcelación consiguiente no niegan en absoluto el conocimiento general; antes al contrario lo complementa e informa, aunque siempre esta disposición del científico haya producido asombros y estupefacciones⁹⁰.

En 1948, la sección histórico-social del Instituto Balmes de Sociología acordó la creación de un Patronato de Historia Social de España, cuyo órgano de expresión, *Estudios de Historia Social de España*, comenzó a publicarse al año siguiente. El Patronato, dirigido por Severino Aznar, Carmelo Viñas Mey y Luis Redonet, estableció un plan de investigación cuyo objetivo básico apuntaba a la especialización y al logro de monografías útiles para construir una Historia Social de España. Buscaban publicar series de documentos útiles para la Historia

⁸⁹ «La Historia Social es el estudio histórico de la sociedad global —de la española en este caso—, en su estructura, en sus instituciones sociales, sus relaciones —la interacción de ellas—, sus formas colectivas de vida, su tipología social en cada época (...) y la evolución histórica, la vida de la sociedad global y de las instituciones y manifestaciones suyas que acabamos de enumerar, así como la de las corrientes, concepciones, nociones —lo que denomina Braudel modelos—, principios, valores, actitudes, estados colectivos de espíritu, raíz, impulso y motor de tal evolución». C. Viñas y Mey: «Apuntes sobre Historia Social y Económica de España». *Arbor*, 157, 1959.

⁹⁰ «Hace años, los historiadores mostraron su orgullo por la posibilidad que se les abría de hacer no sólo la historia de las batallas, los reyes y las instituciones, sino también de la economía. Y he aquí que ahora se asombran porque algunos, los más sagaces, han aprendido que de la misma manera se puede hacer la historia de los sentimientos, los comportamientos, de los cuerpos. Pronto comprenderán que la historia de Occidente no se puede disociar del modo en que la verdad se produce e inscribe sus efectos». M. Foucault: *Sexo, poder, verdad*. Barcelona, Ediciones Materiales, 1978, pp. 241 y 242.

Social de España y de Indias, monografías y trabajos de historia de la población española ⁹¹. Era un programa innovador que afirmaba con rotundidad: «ni la historia puede explicarse sin la demografía, ni la demografía sin la historia», y señalaba que «hasta ahora los estudios de historia demográfica española se han cultivado muy poco entre nosotros, y además, con un sentido un tanto unilateral, polarizado en el criterio cuantitativo de inquirir y determinar no más que las cifras y el volumen global de la población española según las épocas, olvidándose los aspectos cualitativos y biológicos, que son los más esenciales».

Se sentaban de este modo nuevas preocupaciones, nuevos métodos y nuevas actitudes que hacían necesaria la tarea conjunta de científicos en equipo; porque, la ampliación del campo de observación y la especialización, hacían imprescindible la parcelación de funciones. La demografía histórica española empezaba a pasar de la preocupación por el número de hombres a ponderar los aspectos cualitativos y biológicos típicos de lo que más adelante, en 1973, Felipe Ruiz Martín denominará «microdemografía». Y esta nueva actitud encontró partidarios cuya actividad pionera fundamentará, junto con la influencia extranjera, los actuales estudios de historia demográfico cuyo estado de la cuestión ha sido realizado hace poco tiempo ⁹². La colaboración de los geógrafos ha de ser suficientemente destacada: en los años cincuenta, la Revista de *Estudios Geográficos*, tiende puentes que incorporan las inquietudes y los problemas de la Geografía a la de los historiadores ⁹³. El programa de seis puntos elaborado por Ruiz Almansa y por Viñas Mey, además de ampliar efectivamente el campo de investigación y de solicitar el trabajo de especialistas y de equipos, invitaba a la localización y regionalización de los trabajos de investigación. La visión estamental de la sociedad dejaba paso a una visión de sus comportamientos biológicos y sociales; la Historia española penetraba, de este modo, en una corriente cuyos frutos madurarían en las dos décadas siguientes.

Algo semejante ocurre en el territorio de la historia económica. Junto al trabajo, más conocido de los historiadores, existe otro que contribuye a establecer unas bases de colaboración duradera entre geógrafos e historiadores. En 1955, Ángel Cabo publica *La Armuña y su evolución económica* ⁹⁴, trabajo-registro de la preocupación economicista de los geógrafos españoles y muy influida por la corriente establecida por Vidal de la Blache que había sido difundida en España

⁹¹ Era un plan coherente y moderno. La ampliación del campo y la especialización de acuerdo con la metodología nueva, habían sido propuestas concretas de Carmelo Viñas y de Javier Ruiz Almansa. Véase C. Viñas Mey: «Introducción». *Relaciones de los Pueblos de España ordenadas por Felipe II. Provincia de Madrid*. Madrid, CSIC, 1949, p. XI. Al cabo de cuarenta años acaba de nacer la Revista *Historia Social*, en la primavera-verano de 1988, desde «la pluralidad de enfoques, la controversia metodológica y la libertad de interpretaciones», obra del Instituto de Historia Social de la UNED de Valencia.

⁹² V. Pérez Moreda y D.S. Reher (eds.): *Demografía Histórica en España*. Madrid, El Arquero, 1988.

⁹³ *Estudios Geográficos*, 54 al 73, 1954 a 1958. Muchos de los trabajos de A. Melón, A. Cabo, Martín Galindo, B. Arranz, etc., buscan explicaciones en el pasado histórico de los tiempos modernos.

⁹⁴ *Estudios Geográficos*, 58, 1955, pp. 73-136, y 59, pp. 367-427. Emplea un esquema parecido en «El colectivismo agrario en Tierra de Sayago». *Estudios Geográficos*, 65, 1956, pp. 593-658.

por Amando Melón. Este trabajo fusiona caracteres geográficos e históricos, y produce una explicación evolutiva que requirió la utilización de gran número de fuentes históricas. La preocupación por la localidad, generalizada en los estudios geográficos españoles, se hace más compleja⁹⁵ y se orienta hacia el mundo rural y hacia la comarca. Las nuevas preocupaciones ampliaban las perspectivas y producían nuevas visiones que incorporaban en las investigaciones españolas la geohistoria braudeliana⁹⁶.

La investigación económica, rural y comarcal, se desarrolla desde la Geografía mediante el establecimiento de bases retrospectivas que desean justificar y explicar por qué el medio físico y sus transformaciones visibles tienen la apariencia actual. Así, lo que podríamos denominar preocupación retrospectiva, produce resultados muy valiosos que se circunscriben a una atención especial dedicada al siglo XVIII. En 1957, Ángel Cabo, que ya había utilizado fuentes del XVIII en sus trabajos sobre La Armuña y Sayago, publica una relación de fuentes de dicho siglo que pueden ser útiles a los geógrafos⁹⁷. El mismo año J. Muñoz Pérez se preguntaba por el papel que había desempeñado la Geografía en el desarrollo económico y planificación reformista del Despotismo Ilustrado español⁹⁸; y, en la misma línea B. Barceló Pons traducía un artículo anterior sobre el cambio balear en el siglo XVIII⁹⁹.

Sin duda los historiadores actuales hemos de estar agradecidos al profundo trabajo y al interés de los geógrafos españoles de la década de los cincuenta, y más si se tiene en cuenta que dos de ellos, desde 1959 e incluso antes, recopilaban las bases iniciales de la Geografía Agraria española a través de un conjunto de materiales que pretendía despertar «unas posibilidades de trabajo superiores»¹⁰⁰.

El trabajo de los historiadores es más conocido y la ampliación y la especialización es bien notoria en los temas recogidos en las actas de los congresos y en las publicaciones del momento. Baste señalar que esta ampliación logra remover fuentes hasta entonces inutilizadas y que la preocupación monográfica comienza

⁹⁵ B. Barceló: «Evolución de la estructura agraria del término de Ocaña». *Estudios Geográficos*, 63, 1956, pp. 185-206. A. López Gómez: «Evolución agraria de la Plana de Castellón». *Estudios Geográficos*, 67-68, 1959, pp. 309-360. J.L. Martín Galindo: «Actividades agrícolas y ganaderas en Maragatería». *Estudios Geográficos*, 70, 1958, pp. 55-85. En realidad se trata de un gran impulso del Instituto Juan Sebastián Elcano.

⁹⁶ José Tortajada al reseñar la edición francesa de 1949 de F. Braudel. *La Méditerranée...* valora la capacidad retrospectiva de la Geohistoria braudeliana que «puede dar lugar a interesantísimos estudios». *Estudios Geográficos*, 44, 1951, pp. 637-641.

⁹⁷ «Contribución al conocimiento de las Fuentes para la Geografía Española (Siglo XVIII)». *Estudios Geográficos*, 66, 1957, pp. 177-188.

⁹⁸ «Papel de la Geografía en el programa de reajuste económico del siglo XVIII». *Estudios Geográficos*, 67-68, 1957, pp. 403-427. En 1955 había publicado «El mapa aduanero del XVIII español». *Estudios Geográficos*, 61, 1955, pp. 747-797.

⁹⁹ P. Mombeig: «La revolución económica de Mallorca y Menorca en el siglo XVIII». *Estudios Geográficos*, 69, 1957, pp. 499-509.

¹⁰⁰ J. Muñoz Pérez y J. Benito Arranz: *Guía bibliográfica para una Geografía Agraria de España*. Madrid, CSIC, 1961.

a primar sobre las obras de carácter general y de síntesis ¹⁰¹. De este modo se cimentaba una nueva actitud ante la Historia y sus fuentes: la recopilación documental, la construcción bibliográfica, la apertura a nuevos temas de investigación, la difusión de las innovaciones metodológicas que se producían en el extranjero y en España, la creación de centros de trabajo intelectual que conformaban escuelas y anunciaban el trabajo en equipo con proyectos y planificaciones previas y la aparición de revistas periódicas que sirvieron, en una España desigual y difícil, a la comunicación científica, son los planteamientos básicos que prepararon el camino al descubrimiento de las bases estructurales. A partir de la década de los sesenta, los estudios históricos españoles van a incorporarse a la corriente nueva; los años cincuenta, que he tratado de sintetizar, fueron la primera rampa desde la cual se inició el despegue.

III

Si el descubrimiento de las bases estructurales y geohistóricas se realiza a partir de 1950, la década de los sesenta registra y significa su definitivo afianzamiento y difusión. Muchos son los factores que, de forma interrelacionada, explican la nueva historia española de los últimos treinta años: además de la renovación y ampliación de los cuadros de investigación, de los intentos de explicar científicamente el presente, hecho que impulsa el desarrollo de la historia contemporánea, de la recepción de la metodología marxista, de la preponderancia de la historia social y de la tendencia a la subespecialización ¹⁰², han de significarse nuevas posiciones ante los problemas de la Universidad y su proyección social. Antonio Tovar escribía en 1967 un comprometido artículo sobre el significado de la libertad en la Universidad española ¹⁰³; en él tipificaba algunos de los problemas cuya resolución tendría que afrontarse desde una ley universitaria que contemplase los peligros de la masificación y de una indiscriminada creación de nuevos centros universitarios. Tovar responsabilizaba al Gobierno, en permanente estado de institucionalización, y a la Iglesia, cuya «presión sobre la legislación de Educación, y sobre la aplicación de la misma, a lo largo de treinta años, es tan grave que, si se habla de libertad, es preciso pensar en nuevos planteamientos», de la crisis universitaria.

¹⁰¹ Véase a título de ejemplo L.M. Enciso Recio: *Prensa económica del XVIII: El Correo Mercantil de España y sus Indias*. Valladolid, Estudios y Documentos, 13. CSIC, 1958. El economicismo lleva al estudio de las ideas económicas del siglo XVIII. Véanse trabajos de no especialistas como J. Caso: «Jovellanos y la Inquisición. Un intento inquisitorial de prohibir el informe sobre Ley Agraria en 1797». *Archivum*, VII, 1957, pp. 231-259; y J. Fernández Alonso: «El Tratado de la Regalía de Amortización de Campomanes y el primer proyecto de Ley General de Amortización a través de los despachos de la Nunciatura». *Hispania Sacra*, 21, 1958, pp. 65-91.

¹⁰² J.M. Jover: «Corrientes historiográficas...», pp. 232 y ss.

¹⁰³ «Un comentario personal sobre la Universidad libre». *Revista de Occidente*, 49, 1967, pp. 76-85.

El proyecto de Universidades libres, además de constituir un peligro para las infraestructuras universitarias existentes, desataba una vez más encendidas polémicas acerca de la confesionalidad del Estado y de la más que probable clericalización de las posibles Universidades libres e incluso de las Universidades públicas. Aranguren, a la par que denunciaba el conflicto ideológico, señalaba hondas dificultades materiales que podrían suprimir el proceso de racionalización que había comenzado la Universidad española¹⁰⁴. En efecto, la Universidad española estaba cambiando: la masificación de sus aulas, visible ya en los primeros años de la década de los sesenta, exigió nuevas atenciones del Estado y nuevos incrementos presupuestarios que permitiesen la absorción de la masa estudiantil. Frente a los 1.731 alumnos matriculados en las Escuelas Técnicas Superiores en 1941, existían al terminar la década de 1950 cerca de 8.000. El número total de universitarios, en idéntico período, pasa de 59.699 alumnos a más de 72.000. Las Facultades de Ciencias incrementan su matrícula en un 134%, las de Derecho un 68%, las de Filosofía y Letras un 51%, Medicina el 48% y, la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales sobrepasaba estos porcentajes¹⁰⁵. Este crecimiento, visible también en las enseñanzas escolares y medias, es acompañado —si es que las cifras valen para algo— de un aumento de la población estudiantil extranjera en España que, de algún modo, contribuye a divulgar lo que acontece en sus países de origen¹⁰⁶. Este crecimiento de alumnado universitario español, y en general el del estudiantado en el mundo libre, despierta la atención de sociólogos y educadores. Antes Aranguren y después, en 1968, Salustiano del Campo denunciaban el fenómeno de la masificación estudiantil como una cuestión preocupante para una sociedad científico-industrial incapacitada técnicamente para absorber y destinar a las diferentes áreas productivas a los estudiantes¹⁰⁷. Y, desde diez años antes, comienza a dudarse de la efectividad de una docencia basada en la superposición de temas sin conexión entre sí, en la ausencia de inquietudes intelectuales, en el almacenamiento de conocimientos eruditos y en la falta de un

¹⁰⁴ «¿Imaginamos a este desventurado país nuestro, de tan bajo nivel cultural, de tan escasos recursos económicos, en plena época de racionalización y planificación, de costosísimos centros de enseñanza, teniendo que mantener docenas de Universidades libres —una al menos por cada Orden religiosa o Instituto secular importantes, a más de las posibles Universidades fundadas por la Jerarquía eclesiástica, los Propagandistas, etc.— que, entrando en competencia entre sí y con las Universidades estatales, nos acarrearían el más liberal, es decir, el más desenfrenado individualismo docente?. Es imaginar un monopolio de la Universidad por los católicos y, dentro de ese monopolio, la más desbarajustada concurrencia de cada corpúsculo eclesiástico, católico estatal o simplemente catolizante». J.L. Aranguren: «Una vía muerta: la llamada Universidad libre». *El futuro de la Universidad y otras polémicas*. Madrid, Taurus, 1973, p. 19.

¹⁰⁵ J. Ruiz Giménez: «Veinticinco años de cultura española (1936-1961)». *Cuadernos Hispanoamericanos*, 143, 1961, pp. 153-178.

¹⁰⁶ «Palabras del Director del Instituto de Cultura Hispánica, Don Gregorio Marañón, en la apertura del curso 1962-63, del Colegio Mayor de Nuestra Señora de Guadalupe». Madrid, 1 de noviembre de 1962. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 156, 1962, pp. 329-332.

¹⁰⁷ Entre 1958 y 1968 Francia registra un incremento de la población estudiantil de 170.000 a 600.000 universitarios. Estados Unidos se aproxima a los 7 millones y, en España, los 66.659 alumnos del curso 1956-57, pasan a ser 121.289 en el curso 1965-66. *Los movimientos estudiantiles*. «Respuesta de Salustiano del Campo». *Revista de Occidente*, 68, 1968, pp. 207-218.

necesario espíritu de riesgo que condujese a docentes y a estudiantes a nuevas posiciones críticas¹⁰⁸. Nos hallamos, pues, ante lo que Jover ha denominado relevo generacional aplicándolo a la expansión de los años sesenta y, este relevo, además de producir progreso, asiste a un traumatismo muy expresivo: la movilización estudiantil y los acontecimientos del mayo francés de 1968.

La España esencial, considerada por algunos como «la última sociedad que sociológicamente se parece a una sociedad cristiana»¹⁰⁹, empezaba a tecnificarse y ello suponía una masificación y una mecanización de la vida que constituían claras amenazas a su mismidad y a su personalidad. Así, desde la *Revista de Occidente*, se reconoce que la Universidad europea está quedándose atrasada y que la única forma de hacerla avanzar sería revitalizando su economía y su función científica y, en el caso español, recuperando las funciones docentes por un Estado que ha traspasado sus atribuciones a entidades privadas que controlan «fracciones estadísticamente crecientes de alumnos»¹¹⁰. No es preciso sintetizar el brillante análisis que de la Universidad española de los sesenta hacen Laín, Tovar, Ángel Latorre, Alejandro Nieto, Salustiano del Campo y Paulino Garagorri en la encuesta que hizo *Revista de Occidente* en 1968. Baste significar, sin embargo, que afloran a la superficie social del momento todas las contradicciones que definen a la España de entonces y a su Universidad. Y las conclusiones coinciden en afirmar la necesidad de una reforma profunda capaz de situar a los universitarios en un medio científico correcto; y esta reforma no puede consistir en una improvisación parcial montada sobre modificaciones presupuestarias en exclusiva, y sobre la posibilidad de crear las llamadas Universidades libres¹¹¹. En 1960 se pedía una reforma estructural duradera: reglamentación del acceso a la Universidad, representación de los estudiantes en los órganos de gobierno, revisión del sistema de oposiciones, diálogo entre los estamentos universitarios, etc., peticiones que, en buena parte, contribuyeron a inspirar el primer Proyecto de Ley de Autonomía Universitaria que volvió a agitar y a sacar a la luz pública parecidas contradicciones en 1982, y que se reiterarían con la Ley de Reforma Universitaria. La solicitud de autonomía, la petición de un marco en el que pudiera desarrollarse la investigación científica, y la demanda de una amnistía sin condiciones para los profesores y alumnos expedientados, son evidencias significativas de un proceso crítico que el Estado español tardó mucho tiempo en resolver.

Y es justamente en este ambiente conflictivo cuando comienza a descubrirse realmente una preocupación historiográfica estructural impulsada, más de lo que

¹⁰⁸ A. Gallinal Heber: *Reflexiones frente a la convivencia*. Montevideo, Instituto Uruguayo de Cultura Hispánica, 1958, pp. 14 a 25.

¹⁰⁹ A. Pithod: «Europeización de España y España esencial». *Cuadernos Hispanoamericanos*, 160, 1963, pp. 51-54.

¹¹⁰ *Los movimientos estudiantiles*. «Respuestas de Laín Entralgo y de Antonio Tovar».

¹¹¹ A. Fontán: *Los católicos en la Universidad española actual*. Madrid, Rialp, 1961. J. Orlandis: *La crisis de la Universidad en España*. Madrid, 1966. J. López de Prado: «Universidad libre». *Razón y fe*, 176, 1967, pp. 305-326. J.M. Barnadas: «Universidades libres, ¿sí o no?». *Revista de Occidente*, 60, 1968, pp. 358-363.

se cree, por la difusión de la metodología marxista. Tal como ha señalado G. Barraclough, «la principal razón para la creciente influencia del marxismo fue el convencimiento de que éste ofrecía las únicas bases reales satisfactorias para la ordenación racional de los complejos hechos de la historia de la humanidad». Y, es que además de la penetración de libros extranjeros y de una todavía tímida política editorial de traducciones, las minorías activas universitarias que habían comenzado a establecer posiciones políticas concretas a partir de 1956¹¹², se convierten en militantes que difunden la ideología marxista. Pero más importante que este fenómeno externo, si se admite, es el conjunto de planteamiento ideológicos e hipotéticos que anima al historiador comprometido. Noël Salomon y Pierre Vilar son ejemplos llamativos para los historiadores españoles: el hispanista, «al tener que esclarecer la ideología teatral relacionada con el tema campesino en el teatro», adopta un método inspirado en el materialismo histórico¹¹³. El segundo, Pierre Vilar, al publicar *La Catalogne dans l'Espagne Moderne (1962)*, confiesa que sus planteamientos metodológicos y posiciones analíticas se deben a circunstancias generales y personas influyentes en su trabajo: «en economía preguntava. En història era sollicitat»¹¹⁴. Es indudable que la construcción del pasado comienza a hacerse conscientemente desde una actitud personal que tiene en cuenta el presente concreto y, sobre todo, las circunstancias generales y personales del historiador. Es el reconocimiento definitivo de la actitud enunciada por Bloch, y repetida en 1961 por E.H. Carr, y al final de la década de los sesenta por Ch. Wilson. De hecho, toda actitud personal conlleva un compromiso voluntario que, en el caso del materialismo histórico, se concreta en ser marxista o antimarxista; de la misma manera que, en el terreno de la Historia, el ser historiador está perfectamente diferenciado del no serlo. Y es que «el marxismo y la historia como ciencia son solidarios»¹¹⁵. Pierre Vilar se convierte en el prototipo de historiador comprometido que suscita polémicas, antipatías y fidelidades¹¹⁶. Su idea de historia total sólo es edificable desde una actitud comprometida: el historiador ha de observar atentamente todos los impulsos y, los más importantes, son los que conforman la estructura de una sociedad; por eso, Maravall en 1966 se pronunciaba por la aceptación de la historia económica como una ciencia social¹¹⁷, a la par que desconfiaba de las posibilidades de construcción de la historia total.

¹¹² J.L. Aranguren y otros: *La Universidad*. Madrid, Ciencia Nueva, 1967.

¹¹³ *La campagne de Nouvelle Castille à la fin du XVI siècle d'après les relations topographiques*. Paris, CNRS, 1964.

¹¹⁴ P. Vilar: *op. cit.*, p. 29. La guerra civil española, la guerra mundial y cuatro años de cautiverio marcan decisivamente el trabajo historiográfico de Vilar.

¹¹⁵ P. Vilar: «Marxismo e historia en el desarrollo de las ciencias humanas. Para un debate metodológico». *Crecimiento y desarrollo...*, Barcelona, Ariel, 1974, p. 349.

¹¹⁶ R. Herr: «Sobre la historia catalana. Dos libros recientes». *Revista de Occidente*, 26, 1965, pp. 207-227. A. Jutglar: «En torno a la problemática actual de la teoría histórica». *Cuadernos Hispanoamericanos*, 219, 1968, pp. 485-513.

¹¹⁷ *Antiguos y Modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*. Madrid, SEP, 1966, p. 4.

La novedad del compromiso estribaba en la aceptación de las bases estructurales como pilares básicos sobre los que podrían explicarse mejor y con mayor rigor los hechos históricos. Y no es preciso destacar aquí que la concepción materialista de la Historia reducía los campos de interpretación a uno básico, el economicista, el que justifica la lucha de clases en cada modo de producción, reduciéndose la Historia a la conocida definición marxista. Antes de que Maravall abogase por la necesidad de los estudios de historia económica, como conocimiento básico y complementario, Menéndez Pidal avisaba en la *Historia de España* del peligro de la reducción¹¹⁸.

Se estaba produciendo un cambio y un desequilibrio en las orientaciones de la investigación histórica. Sin embargo, se reconocían válidos los estudios estructurales e intelectuales. Artola, en 1968, valoraba la ampliación del campo de investigación histórica y sus consecuencias: sin duda, la más importante, era la historificación de unas ciencias que específicamente no tenían necesidad de recurrir al pasado. Y estas ciencias, la economía, la demografía, la geografía, se estaban historificando y reclamaban el auxilio de especialistas. Para Artola el historiador tradicional debería adecuarse a la nueva ciencia histórica «que amenaza con resultar incomprensible para aquellos historiadores que no se adapten a su nivel actual de desarrollo»¹¹⁹. Un año más tarde, en 1969, Braudel definía en España la tarea del historiador¹²⁰. Sólo el historiador está en disposición de detectar los «acontecimientos derrotados en la rivalidades de la vida», porque, junto a los crecimientos existen siempre inercias que el economista, el demógrafo y el sociólogo, no llegan a comprender. Braudel, que teorizó sobre el tiempo histórico, distinguía tres historias y tres ritmos: la historia estructural, de ritmo largo y lento, la historia episódica, de ritmo breve; y la historia coyuntural, de ritmos cortos. El desequilibrio empezaba a fraguarse: se perdía la sustancia episódica y se cimentaba lo estructural y coyuntural. En 1966 Artola emprendía, con un criterio geohistórico, el estudio de *La España del Antiguo Régimen*, marcándose cuatro objetivos claramente estructurales: fijar las fronteras jurisdiccionales del Antiguo Régimen, analizar las realidades demográficas, acotar el régimen señorial y describir la estructura económica de los diversos territorios.

Idéntico criterio comienza a animar a los medievalistas: José Luis Martín escribía en 1971, presentando un trabajo realizado años antes, que «los medievalistas españoles después de haber pasado por una etapa de culto a la personalidad —historia de reyes, héroes y nobles, obispos, santos y abades— y por otra de respeto a las instituciones —medievalismo jurídico—, comienzan a darse cuenta de que la historia así concebida es incompleta por cuanto personajes e instituciones

¹¹⁸ «En nuestro tiempo, en que la historia tiende cada vez más a expresarse preferentemente en los problemas económicos, demográficos y estadísticos de toda clase, se siente a la vez la necesidad de atender con todo cuidado a los ideales, creencias, sentimientos y pasiones, que también en parte muy principal explican las acciones humanas». R. Menéndez Pidal: «Introducción. El compromiso de Caspe, autodeterminación de un pueblo (1410-1412)». *Historia de España, XV*. Madrid, Espasa Calpe, 1964, p. IX.

¹¹⁹ *Textos fundamentales para la Historia*. Madrid, Revista de Occidente, 1968, p. IX.

¹²⁰ «Para una economía histórica». *Revista de Occidente*, 72, 1969, p. 263.

o son más que la parte sobresaliente de la historia que el hombre, en conjunto, realiza. Este cambio de mentalidad ha sido posible por razones de tipo individual y social que a menudo se confunden»¹²¹.

En efecto, la Edad Media comenzaba a entenderse de otro modo distinto al de época religiosa, época que registra los orígenes institucionales que perviven durante largo tiempo; la Edad Media se conceptualizaba como época campesina¹²² y ello supone una adscripción casi forzada a la historia estructural. La noción de estructura económica había sido realizada en 1961 y, a la vez que señalaba la popularidad de la palabra, que «goza actualmente de especial favor, y apenas si hay escrito o conversación sobre temas sociales en que deje de emplearse», se entendía como un gestaltismo, «un todo compuesto de partes distintas (en especial si son heterogéneas) que se aprecia precisamente desde el punto de vista de sus elementos componentes»¹²³. Es decir, una visión dinámica de los compuestos que tiende a captar las partes componentes desde el punto de vista de su función.

La estructura se explicaba, pues, como un todo en el que las partes tienen una dinámica específica y se relacionan entre sí. La tarea del historiador consistirá en descubrir qué dinámica anima a la estructura y cuáles son las relaciones que mantienen los elementos que la conforman. Por ello, el estudio de las civilizaciones del pasado ha de realizarse en la larga duración y observando el espacio, la economía, la sociedad y la mentalidad colectiva¹²⁴. La actitud se había adoptado, y el modelo Vilar, cuya influencia en los trabajos de los años sesenta es muy importante, era calificado de ejemplar porque poseía una lógica interna muy expresiva y porque permitía la realización de comparaciones fructíferas. La protesta de Noël Salomon de 1964 quedaba anulada, hasta el punto de que empieza a ser frecuente en España contar con trabajos de investigación que siguen el modelo estructural esquematizándose desde el suelo (Geografía), hasta el tejado (mentalidad colectiva). Sin embargo, este tipo de trabajos resulta agotador: se busca la construcción de equipos de investigación «que se enfrenten con la búsqueda de los datos y emprendan su sistematización y elaboración»¹²⁵, pero en realidad el trabajo individual prima sobre el colectivo.

Cuando en 1967-1968, y luego en 1972, Juan J. Linz codificaba los estudios históricos españoles sobre bases estructurales y con contenido cuantitativo¹²⁶ apenas si profundizó el significado de la utilización de nuevas fuentes, de nuevos ar-

¹²¹ «Presentación». *El Monasterio de San Pedro de Cardeña. Historia de un dominio monástico castellano (902-1338)*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 1971, p. 10.

¹²² J.A. García de Cortázar: *El dominio del Monasterio de San Millán de la Cogolla (siglos X a XIII). Introducción a la historia rural de Castilla Altomedieval*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 1967, p. 7.

¹²³ A. Perpiñá: *La estructura económica de la sociedad española*. Madrid, Editora Nacional, 1961, pp. 10-12.

¹²⁴ F. Braudel: *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*. Madrid, Tecnos, 1966.

¹²⁵ G. Anes: *Las crisis agrarias en la España Moderna*. Madrid, Taurus, 1970, p. 17.

¹²⁶ *The Dimensions of the Past. Materials, Problems and Opportunities for Quantitative Work in History*. Yale University Press, 1972.

chivos y, en consecuencia, la creciente localización y regionalización de la historia española. La *I y III Conferencias Internacionales de Historia Económica* registran la presencia cualificada de economistas e historiadores españoles¹²⁷ y otras investigaciones definen todavía con más claridad por donde iban sus preferencias. El *Homenaje a Don Ramón Carande* de 1963, el *Homenaje a Jaime Vicens Vives* de 1967, y la *Revista Moneda y Crédito*, muestran el predominio de la orientación estructural. Algo semejante sucede en los planes de investigación que desarrollan el *Instituto Balmes de Sociología* y el *Patronato de Historia Social de España*, y que fueron ideados por Ruiz Almansa y Viñas Mey en 1949.

El modernismo español comienza a revitalizarse, y este proceso recorre una serie de modificaciones que afectan a la sociedad y a la Universidad. La masificación universitaria, la ampliación del profesorado, la independización de los departamentos universitarios, la penetración de libros, el incremento de presupuestos destinados a educación, el intercambio con países extranjeros, el activismo de minorías ideologizadas en la Universidad y un paulatino despegue hacia el progreso general, son acontecimientos que ayudan a la realización de investigaciones que buscan crear y justificar el presente.

Estas modificaciones encienden polémicas que contribuyeron a traumatizar el cambio. Se registran así dos posiciones más temperamentales que científicas: una, progresista, admite la validez del materialismo histórico y se muestra favorable a asumir la doctrina marxista; otra, integrista y reaccionaria, entiende que la Historia está construída fundamentalmente sobre decisiones éticas del hombre y, en consecuencia, olvida que por debajo de esas decisiones morales existe un sustrato biológico que justamente es la idea esencial del progresismo¹²⁸. El conflicto progresismo-integrismo va más allá de posiciones historiográficas académicas, y se hace una cuestión de cristianismo que a mi juicio quedó zanjada con los documentos eclesiales del Concilio Vaticano II.

En 1965 se produce la efectiva separación de los departamentos universitarios y la creación de las Secciones de Historia en las Facultades de Filosofía y Letras. La apertura a la especialización viene motivada por la práctica que observaron de forma distanciada en el tiempo, Bloch y Eiras. El decenio de la aproximación a las ciencias sociales interrelacionó pasado y presente, porque «suscitó interrogantes, proporcionó temas de interés vital, y convirtió en compromiso retrospectivo la propia experiencia y vida del historiador». Nunca, como entonces, proliferaron las declaraciones de principios en las memorias de licenciatura, tesis

¹²⁷ Baste citar los trabajos de J. Vicens Vives, «La industrialización y el desarrollo económico de España de 1800 a 1936»; de J. Fontana, «La gran propiedad agraria de los conventos españoles a comienzos del siglo XIX»; de E. Giralt, «Técnicas, rendimientos y mutaciones agrícolas en una finca catalana del siglo XVIII», presentados en Estocolmo en 1960; o los trabajos de F. Ruiz Martín, «El fisco y la economía de Castilla en los siglos XVI y XVII»; A. Domínguez Ortiz, «Ventas de tierras y oficios públicos en la España de los Austrias»; V. Vázquez de Prada, «Las fábricas de indianas y estampados de Barcelona en el siglo XVIII», presentados en Munich en 1965.

¹²⁸ Compárense las colecciones de la Editorial Zero-ZYX, «Lee y discute» y «Biblioteca para la formación de pueblo» con la «Biblioteca del pensamiento actual» de la Editorial Rialp, o con la colección «O crece o muere» de la Editora Nacional. A título de ejemplo, P. Rodríguez García: *Planteamiento doctrinal del progresismo cristiano*. Madrid, Editora Nacional, 1961.

doctorales y trabajos menores de investigación. Era preciso justificar la necesidad del trabajo, el deseo de contribuir a fortalecer las síntesis, destacar la utilidad de los documentos custodiados en archivos locales, diocesanos y regionales. Como señalaba en 1964 Manuel Fernández Álvarez, se estaba produciendo una auténtica revolución historiográfica¹²⁹; existía un compromiso con lo social que obliga al historiador a indagar más, a fijar su atención «en los otros fenómenos de la vida, hasta entonces ocultos tras la marejada de los llamados sucesos importantes». La Historia empezaba a vitalizarse, a humanizarse¹³⁰, y ello condujo a los historiadores a posiciones críticas, a actitudes desmitificadoras, que buscaron revisar los tópicos aceptados por la historiografía tradicional. Maravall, al comienzo de la década de los setenta, desde su presente concreto, invitaba a los historiadores a ocuparse en «específicos ensayos de desmitificación» para hacer despertar a los españoles del «sueño dogmático»¹³¹. Y es que lo social exigía entrar en relación con otras ciencias; la Historia empezaba a utilizar interrogantes e hipótesis de la Sociología, de la Política, de la Economía y de la Demografía, y algunos trabajos muestran ya de forma evidente las posibilidades interrelacionadas¹³².

Sin desconocer ni infravalorar el enriquecimiento que supuso para la historiografía modernista española la influencia de los hispanistas, las claves que permiten superar el complejo imperial han de ampliarse y fundirse en la actividad desarrollada por los modernistas del momento. En 1966, Reglá, que reconocía la gran influencia de la historiografía francesa, señalaba una clave que encierra todo un programa de trabajo que él ya había practicado y que atribuyó a Felipe Ruiz Martín¹³³; lo que entonces preocupaba al historiador era el presente, el tiempo anterior, los fenómenos permanentes, las estructuras económico-sociales,

¹²⁹ «Ya el historiador no se conforma con la mera historia oficial de guerras, de paces y de biografías de grandes políticos. Pero tampoco le basta con el recuento humilde de los aspectos económicos y sociales. La cantidad de trabajos de investigación histórica, fruto del actual florecimiento de nuestra historiografía, es lo suficientemente nutrida como para permitir ya síntesis enjundiosas e interpretaciones personales. Se requiere retocar el perfil de nuestra historia, pero se aspira aún a mucho más. Se trata de hacer una historia viva en la que el sentido cristiano de la existencia permita asomarse también al dolor del humilde junto al triunfo del poderoso». M. Fernández Álvarez: «La visión de la Historia de España en la Revista Arbor». *Estudios sobre Historia de España*. Madrid, Norte y Sur, 1965, p. 10.

¹³⁰ «En nuestros días estamos viviendo una época que se deja fascinar sobremanera por las cuestiones económicas y sociales. Lo cual es una realidad que se refleja también, como no podía ser menos, en la tarea de los historiadores. Una realidad, y como tal hay que tomarla. Hagamos, pues, historia al uso de nuestro tiempo (...) tal actitud ha humanizado nuestro más recientes libros de historia». M. Fernández Álvarez: *Economía, sociedad y corona. Ensayos históricos sobre el siglo XVI*. Madrid, E. Cultura Hispánica, 1963, p. 9.

¹³¹ *La oposición política bajo los Austrias*. Barcelona, Ariel, 1972, pp. 6 y 7.

¹³² J.A. Maravall: *Las Comunidades de Castilla. Una primera revolución moderna*. Madrid, Revista de Occidente, 1963. V. Palacio Atard: *Fin de la sociedad española del Antiguo Régimen*. Madrid, Editora Nacional, 1961. P. Sáinz Rodríguez: *Evolución de las ideas sobre la decadencia española y otros estudios de crítica literaria*. Madrid, Rialp, 1962.

¹³³ «Notas sobre el concepto actual de Historia». *Revista de Occidente*, 37, 1966, pp. 21-40. Se refiere al trabajo de F. Ruiz Martín: «Contenido y estructura de la Historia». *Didáctica de la Historia*. Valladolid, Centro Experimental de Segunda Enseñanza, 1963.

las coyunturas y los acontecimientos. La conceptualización de Reglá era prácticamente estructural; las actividades humanas y del historiador podían entenderse como un edificio de cuatro pisos o niveles: el primero, el económico; el segundo, el político; el tercero, el cultural y el cuarto, el de las relaciones entre los estados. Este esquema, que apenas si se ha modificado, convierte al historiador en el científico «que aspira fundamentalmente a comprender»; pero, sobre todo, es la petición de auxilio más sencilla y más coherente: «Y, si aspiramos a una Historia integral, que nos explique toda la vida de los hombres en el pasado es absolutamente necesaria la colaboración entre todos los especialistas de las ciencias humanas, particularmente, del historiador (de las ideas, la diplomacia o la economía), el geógrafo, el sociólogo, el economista y el psicólogo»¹³⁴. Hay, pues, una variación conceptual profunda y un ejercicio de humildad provechoso: la cualidad del historiador se entiende ahora como la del «ascensor de subida y bajada» que interacciona los cuatro niveles a los que se refiere Reglá y que «suele funcionar de un modo más o menos irregular, con frecuentes averías, paradas extemporáneas, aceleraciones y frenazos». Por eso, el historiador necesita del auxilio de otros especialistas, y una verdadera modestia les lleva a pasar de la síntesis escrita por un sólo autor al equipo formado por especialistas de diferentes épocas y materias¹³⁵. Es bien cierto que lo que parece comúnmente aceptado es la necesidad de localizar y regionalizar el estudio de los niveles propuestos: la Historia de España se sectorializa y el triunfo de lo estructural, por primera vez, no produce convulsiones ni encuentros de sinrazones. El CSIC empieza a reconocer corporativamente la silenciosa y efectiva labor de los alejados seminarios universitarios¹³⁶ y a acompañar a los nuevos estímulos que contribuyen a la organización de análisis sectoriales cada vez más ambiciosos¹³⁷. Pero, además, la preocupación por las bases estructurales llega a otras ramas relacionadas directamente con la Historia española. J.M. López Piñero en 1966, desde la Historia de la Ciencia, se preocupa de la penetración de la Ciencia Moderna en España¹³⁸ y, a la vez que periodifica la ciencia española en el siglo XVII, presenta el conjunto de dificultades con que tropieza la actividad de los «novatores» españoles. Es el comienzo de una línea de investigación que, apoyada con la teoría, va a pasar ya en los años setenta, a realizar estudios cada vez con un valor más historiográfico».

¹³⁴ J. Reglá: *op. cit.*, pp. 27 y 28.

¹³⁵ Con excepciones como la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, y por Jover Zamora, y la *Historia social y económica de España y América*, dirigida por Vicens Vives, coexisten obras individuales como el *Manual de Historia de España* de Pedro Aguado Bleye, la *Historia de España* de F. Soldevila, etc. En 1963 aparece una *Introducción a la Historia de España* que trata de «ofrecer al estudiante que inicia sus estudios superiores, dentro o fuera de la Facultad de Filosofía y Letras, un instrumento de trabajo que corresponde al nivel de nuestro tiempo». Lo firmaron, Ubieto, Reglá, Jover y Seco.

¹³⁶ A. Rumeu de Armas: «Presentación». *Cuadernos de Historia. Anexos de la Revista Hispania*, I, 1967, p. VIII.

¹³⁷ Cf. «Relaciones hispano-francesas a través del tiempo». *Cuadernos de Historia*, 2, 1968. «Estudios sobre la sociedad castellana en la Baja Edad Media». *Cuadernos de Historia*, 3, 1969.

¹³⁸ *Revista de Occidente*, 35, 1966, pp. 133-156.

J.M. Blázquez, en 1964, publica la *Estructura económica y social de Hispania durante la anarquía militar y el bajo imperio*, y Antonio Tovar la comenta dos años más tarde titulado su recensión «Nueva Historia Antigua»¹³⁹ y llamando la atención sobre los peligros de utilizar la palabra «estructura» en unos momentos en los que este estudio «se mantiene aún forzosamente en el terreno de las exploraciones preliminares». El paso estaba dándose y la vitalidad de la crítica exigía, cada vez con más apremio, un conjunto de bases sobre las cuales va a desarrollarse toda la investigación posterior: precisión metodológica, utilización correcta de la terminología y previa declaración de intenciones y de objetivos. Así, en 1968, Alberto Gil Novales dudaba de la modernidad de Braudel al que consideraba determinista y positivista¹⁴⁰; y Antonio Elorza, al comentar la aparición de cuatro volúmenes de la *Histoire de l'Europe* echa en falta una introducción que «diese cuenta del enfoque, así como de los cauces de su desarrollo ulterior»¹⁴¹. Esta preocupación por la precisión, por la corrección y por la objetivación, sobrepasa el límite de lo formal y busca una fijación conceptual que contribuye a ensanchar el campo de la Historia, aunque ello suponga enfrentamientos polémicos¹⁴². Un buen ejemplo lo tenemos en el campo de la Historia del Derecho y en su conceptualización y finalidad: en 1969, un historiador del Derecho que se preguntaba por los orígenes de su ciencia hacía unas afirmaciones, por lo menos discutibles, que hacían polemizar a sus compañeros. He aquí sus palabras: «Hoy, sin embargo, comenzamos a sentir el restallar de una honda crisis en la historia económica y social, cada vez más empeñada en empresas de menor envergadura y en encuestas vertiginosamente minimizadas. Cabe esperar, pues, un retorno a la historia de valores culturales y espirituales que encierran entre ellos el Derecho»¹⁴³. Era justo lo contrario de lo que estaba sucediendo y empezaba a ocurrir en la Historia del Derecho¹⁴⁴.

Todo ello contribuyó a destruir el apellido imperial que peyorizaba, siempre desde afuera, el trabajo de los historiadores modernistas. El descubrimiento de las bases estructurales y geohistóricas se había producido antes y se desarrollaba ahora y, quizás, el detonante fuese un cambio sustancial en la demanda cultural y estudiantil de ese momento: frente al estudiante que sólo había demandado asignaturas, aparecía otro que solicitaba problemas. La masificación universitaria, la profesionalización del saber y del aprender, la escasez de dotaciones económicas y de profesorado, junto a una singular presión social que considera que el docente jamás puede equivocarse ni aplazar una respuesta, fueron en 1968 algu-

¹³⁹ *Ibid.*, pp. 212-217.

¹⁴⁰ «Civilización y Capitalismo: una obra de Braudel». *Cuadernos Hispanoamericanos*, 218, 1968, pp. 368-372.

¹⁴¹ *Revista de Occidente*, 16, 1964, p. 125.

¹⁴² Uno de los ejemplos más evidentes se registra en torno al tema del feudalismo. Véanse a título de ejemplo los trabajos de Hilda Grassotti en *Cuadernos de Historia de España*, XXIX-XXX y *Las instituciones feudo-vasalláticas en León y Castilla*. Spoleto, Centro italiano di Studi sull'Alto Medioevo, 1969.

¹⁴³ J.M. Pérez-Prendes: «Sobre los orígenes de la Historia del Derecho». *Arbor*, 282, 1969, p. 169.

¹⁴⁴ F. Tomás y Valiente: «Historia del Derecho e Historia». *Once ensayos...*, pp. 161-181.

nos de los problemas universitarios analizados y denunciados por Laín Entralgo¹⁴⁵. Estos problemas, sobre los que se ha reflexionado en muy contadas ocasiones, inducen respuestas concretas a las nuevas demandas que, como ha señalado Jover, siempre se hacen a los que él denomina «modernistas seniores», responsables en última instancia de las sugerencias que cristalizarán en buen número de memorias de licenciatura, tesis doctorales, e investigaciones posteriores. Uno de estos historiadores modernistas. Manuel Fernández Álvarez, que ha contribuido brillantemente a la modernización de nuestros estudios históricos, que no sólo nos ha enseñado un estilo de honestidad universitaria que llama la atención por lo escaso; que también nos ha enseñado a trabajar: por fortuna hoy, es todavía quien por merecimientos propios, nos acompaña con el ejemplo de la honestidad y del trabajo, pese a que una coyuntura social y política, le hayan convertido en «senior», título que desde los Premios Nacionales y Premios Internacionales que ha recibido, desde la Real Academia de la Historia, y desde la Universidad de Salamanca que le considera Profesor Emérito, remite a un magisterio de quienes al cabo de cuarenta años sentimos el profundo agradecimiento que únicamente puede gratificarse con la historia breve del modernismo español, que es su propia historia.

¹⁴⁵ *El problema de la Universidad. Reflexiones de urgencia*. Madrid, Edicusa, 1968. Hoy como ayer se necesita honestidad, trabajo y dinero. Sólo eso. El pluralismo intelectual, la reforma del acceso a la función docente y la autonomía de la Universidad, en parte se han conseguido. Pero algunos seguimos echando en falta más trabajo y más honestidad.